

25
AÑOS



UDD

Facultad de Medicina
Clínica Alemana - Universidad del Desarrollo

XVI

Concurso Artístico y Literario

TEMA: **ORIGEN, IDENTIDAD Y MEMORIA**

2026 | Centro de Humanidades Médicas + Faro UDD
+ AMCA A.G + Universidad de Bolonia





Celebramos 16 años de Creatividad y Talento UDD

Obras recibidas

662

promedio anual

+55.5

CATEGORÍAS CON MAYOR CONVOCATORIA

Fotografías

182

Poesías

174

Cuentos

142

Dibujos o Pinturas

131

Estudiantes

502

Docentes

115

Colaboradores

45

16 años

CONCURSO ARTÍSTICO Y LITERARIO UDD

Elaborado por el equipo del Centro de Humanidades Médicas de la Facultad de Medicina Clínica Alemana Universidad del Desarrollo.

Contacto: centrohumanidades@udd.cl

Instagram: @humanidades_udd

Impresión: Imprenta Atelier

Diseño: Alima Diseño

ORGANIZA



CON EL APOYO DE



Más allá de los indicadores: El arte que cura y sana

RESISTENCIA ESTÉTICA FRENTE AL BURNOUT Y LA AUTOMATIZACIÓN EN LA PRÁCTICA CLÍNICA

El arte ha sido, desde la prehistoria, el medio fundamental para representar de manera creativa las emociones, percepciones y el entendimiento del mundo que nos rodea. De acuerdo con la Real Academia Española, el arte constituye la manifestación de la actividad humana mediante la cual se expresa una visión personal y desinteresada que interpreta lo real o lo imaginado a través de recursos plásticos, lingüísticos o sonoros. En estrecha relación, las humanidades emergen históricamente junto con la expansión de la escritura, orientadas a indagar en los significados ocultos de los textos y de la propia realidad.

En el contexto de la educación superior, la integración de las artes y las humanidades en el pregrado, posgrado y educación continua es un motor probado de multicompetencia epistemológica, sensibilidad estética y valores éticos. Particularmente, las humanidades médicas —campo interdisciplinar surgido en la segunda mitad del siglo XX para contrarrestar la deshumanización de los sistemas de salud derivada de la Revolución Industrial — demuestran hoy una vigencia crucial. En plena era de la revolución de la inteligencia artificial, estas disciplinas se vuelven indispensables para ejercitar la empatía, la perspectiva y el reconocimiento del otro en la práctica clínica y la formación de profesionales de la salud.

Desde hace 16 años, el Centro de Humanidades Médicas ha promovido el Concurso Artístico y Literario. Lo que comenzó como una iniciativa local profundamente arraigada en la Facultad de Medicina, se expandió postpandemia a toda la comunidad universitaria tras el traslado de la Facultad a la sede San Carlos de Apoquindo. Esta apertura

interdisciplinaria ha multiplicado la potencia de un certamen que, más allá de sus métricas, nos permite conectar con los creadores (estudiantes docentes y colaboradores), conocer sus motivaciones y vivenciar sus preocupaciones y el impacto transformador de sus procesos creativo.

En el marco de la celebración de los 25 años de la Facultad de Medicina, la presente edición invitó a la comunidad a reflexionar en torno a tres conceptos claves: el origen, la identidad y la memoria. Buscando pistas para recuperar el sentido frente a la fragmentación actual y abrir espacios para el diálogo y el cuidado mutuo. Las propuestas recibidas articularon estas nociones a través de algunas dimensiones que me parecen importante de compartir: El Paisaje como vínculo y trascendencia: La identidad se manifestó en la conexión con el entorno geográfico y biológico que nos precede. Destacan las representaciones de araucarias milenarias y cóndores como testigos del ciclo evolutivo previos a la llegada tecnológica del hombre. Asimismo, el cielo y la Cordillera de los Andes aparecieron como espacios de trascendencia frente a las crisis, mientras que la arquitectura local —como las ventanas de tejuelas chilotas— anclan la memoria en la tradición. Por otra parte, la Infancia y el reconocimiento al patrimonio: La memoria y el origen se materializaron en lo cotidiano y en la herencia cultural. Obras como "Paisajes del recuerdo" y "Migas de nostalgia" evocaron la infancia, mientras que piezas como "Raíces y memoria" y "Huellas Aónikenk" rescataron el legado Mapuche e indígena de la Patagonia. La complejidad de pertenecer a múltiples territorios se presentó en cuentos, poemas y fotografías, como "Kensington, mi amor" y "Casa. Memoria, Lugar". Y la crisis de la

vocación y las vivencias clínicas, aparecen en una identidad que se pierde en "Burnout", cuestionando las demandas universitarias y del entorno asistencial. Paralelamente, los relatos de la cruda realidad hospitalaria y los encuentros generacionales (como el de un médico con su padre) evidenciaron que el origen y la memoria son procesos constantes de redescubrimiento y herramientas indispensables para proyectar el futuro.

En cuando al balance e Impacto institucional del proyecto (2011 - 2026), a lo largo de sus 16 años de trayectoria, el concurso ha madurado y consolidado un impacto cuantitativo y cualitativo. Más de 500 estudiantes y más de 100 docentes participantes de manera continua. Un volumen de producción de 662 obras recibidas en total, con un promedio de 55.5 obras anuales. Con una distribución por categorías históricas, predominando: Fotografía: 182 obras. Poesía: 174 obras. Cuento: 142 obras. Dibujo o Pintura: 131 obras. Por último, una fidelización sostenida de integrantes históricos de la comunidad quienes año a año envían propuestas y declaran que este es una de las partes favoritas del año.

Este certamen expandió este año sus fronteras internacionales gracias a la alianza con el Departamento de Anatomía de la Universidad de Bolonia (Italia), recibiendo 4 obras de estudiantes de medicina italianos que enriquecieron la muestra con nuevas miradas e idiomas. Asimismo, el concurso inaugura la Semana Cultural UDD y se integró activamente a la primera Semana Cultural del Barrio San Carlos, "La Plaza que nos une", aportando la identidad y el talento UDD al entorno local.

Agradezco el esfuerzo colectivo de nuestra comunidad. Expreso nuestro profundo agradecimiento a los socios nacionales como Faro UDD, que nos permite entregarles este catálogo de lujo, a AMCA A.G. y al departamento de Anatomía de la Facultad de Medicina y de la Universidad de Bolonia por sumarse. Y a cada uno de los valientes concursantes que compartieron sus procesos creativos. A los miembros del jurado, quienes año a año donan su tiempo, rigor y buen juicio para la evaluación de las obras.

A través del arte, la emoción y el pensamiento se encuentran para recordarnos quiénes somos y hacia dónde nos proyectamos. Los invitamos a recorrer las páginas de este catálogo y a ejercitar en el reencuentro con nuestra condición humana.

Hasta la siguiente versión que, sin duda, nos volverá a sorprender e inspirar en esta humanidad compartida.



**MACARENA
BARROS JIMÉNEZ**
*Directora del Centro de
Humanidades Médicas*

Origen, identidad y memoria

Hay que sostener la vacilación. Lo incierto. Aquello que se resiste a ser capturado pulcramente.

En nuestra tradición occidental humanista, sin embargo, hemos procedido en la dirección opuesta. Buscamos principios, ejes rectores y fundamentos — en apariencia inamovibles— que nos confieran algún terreno estable y fértil a partir del cual pensar, escribir y hacer inteligible aquello que llamamos mundo, persona, sujeto, sociedad, sentido. La lista es larga. Suma y sigue. En el fondo: hemos intentado asistir a la complejidad de la vida social y de nuestra antropología de una manera quirúrgica. Depurada y limpia.

De ahí que entonces, ¿existe la posibilidad de que vacilemos? O, mejor dicho, ¿hacer de la vacilación una forma de pensamiento y de composición?

Este concurso artístico-literario ha buscado, virtuosamente, encarnar esa vacilación. Sostenerla. Ha incurrido en ella porque, justamente, su leitmotiv ha girado en torno a una tríada radicalmente vacilante: el origen, la identidad y la memoria.

Hablar, escribir y componer poéticamente sobre el origen, la identidad y la memoria no es sino abrazar un ejercicio de vacilación, de intriga permanente sobre aspectos constitutivos de nuestra condición antropológica, que, por momentos, parecen cartografiables y, al mismo tiempo, radicalmente insondables.

Por lo mismo, las imágenes, las poéticas y las escrituras que articulan esta versión van más allá de ser meros productos, fetiches y dispositivos artísticos anclados

a una estética determinada. A un régimen de lo bello reproducible y circulable.

En estas obras, más bien, figuran huellas, inscripciones, modos y formas sensibles que intentan experimentalmente vacilar, en clave relacional, con las simultáneas vacilaciones, potencias inventivas y plasticidades afectivas y temporales que instituyen inacabadamente al origen, a la identidad y a la memoria.

Las palabras, visualidades y materialidades puestas en escena aparecen, en consecuencia, como médiums que refractan y se dejan resonar por el origen, la identidad y la memoria, admitiendo, al mismo tiempo, que hacer legible esas dimensiones de lo humano es siempre un ejercicio contingente e inconcluso. En otras palabras: solo apuestas y trazados que diseccionan la complejidad humana relativa al tiempo y a la vida sin aspirar a devenir verdad.

A fin de cuentas, se trata de obras que vacilan virtuosamente. Que no reconocen principios, lógica ni fundamentos que constriñan. Que asumen que lo incierto, lo misterioso y aquello que se resiste a la aprehensión total es la condición de posibilidad para intentar pensar y experimentar poéticamente sobre lo que como humanos eventualmente somos y queremos ser.

Solo queda vacilar.



PABLO CELIS

Sociólogo – Profesor – Investigador FARO UDD

Agradecimientos

Al jurado 2026

COMISIÓN LITERATURA



Ana María Maza, profesora de castellano y Magister en Literatura.



Guido Larson, cientista político, director del Instituto de Humanidades Facultad de Gobierno UDD.



Paola Massaro, directora de Bibliotecas UDD.

COMISIÓN ARTES VISUALES



Óscar Mackenney, arquitecto, Vicedecano de la Facultad de Arquitectura y Arte UDD.



Andrés Weissbluth, director cinematográfico, guionista, académico y director de la carrera de Cine UDD.



Pamela Fernández-Corujedo, fotógrafa.



Dr. Juan Carlos Claro, director de profesionalismo médico en la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica.



Dr. Stefano Ratti, profesor de Anatomía Humana en el Departamento de Ciencias Biomédicas y Neuromotoras de la Universidad de Bolonia.

MÚSICA



Nicolás Acevedo, músico, Director de la Orquesta Sinfónica Municipal de La Granja.

PREMIO FARO



Pablo Celis, sociólogo, Magister en ciencia, Tecnología y Sociedad, profesor investigador de FARO UDD.

PREMIO AMCA A.G.



Eliana Cura, gerente general AMCA A.G.

PREMIO ARTE Y ANATOMÍA



Dra. Elena Illanes A., Unidad de Morfología Facultad de Medicina.



A todos los participantes de esta versión:

Jesús Andrade
Josefa Arce
Carolina Arros S.
Oriana Báez A
Gabriela Briceño
Jorge Camacho A.
Maite Canala-Echevarría
Roberto Canales
Marcela Castillo
Sofía Céspedes
Benjamín hilcovsky
Mariana Cornejo F.
Alfonso Correa
Jared Corrial
Verónica Délano
Natalia Díaz R.
Paula Domínguez

Camila Belén Gaete P.
Ligia Gallardo
Constanza González G.
Cinthia Belén Henríquez C.
Iggy Ibáñez G.
Karla León M.
Iván Lutsko
Jorge Marino O.
Miguel Méndez P.
Mireya Molina
Andrés Morales
Catalina Navarrete
Camila Niedmann W.
Sebastián Núñez C.
Ingrid Painequeo
Gaia Pandolfi
Ludovico Pradolin

Laura Quintana P.
Paulina Quintana U.
Constanza Roa A.
Constanza Robles N.
José Rocandio
Juana Ruales
Benjamín Sáez W.
Francisca Sandovál S.
Renata Sepúlveda R.
Zara Silvera
Amara Valencia C.
Astrid Valenzuela
Francisca Isabel Valenzuela L.
Samantha Williamson
Hasan Yaghi
Leonardo Yáñez
Macarena Yáñez

Reconocimientos por Categoría



I. DIBUJO O PINTURA

1er lugar

"18 de octubre 2019"

Autora: Verónica Délano
Consejo
Universidad del Desarrollo

2do lugar

"Migas de nostalgia"

Autora: Renata Sepúlveda R.
Estudiante 1er año Pedagogía en
Educación Básica
Facultad de Educación

3er lugar

"El sello del pensamiento"

Autora: Zara Silvera
Estudiante 2do año Odontología
Facultad de Medicina

Mención honrosa

**"Los misterios del origen
de la vida"**

Autora: Dra. Mireya Molina
Hospital Padre Hurtado

II. FOTOGRAFÍA

1er lugar

"Atardecer en Queilen"

Autora: Dra. Astrid Valenzuela
Docente
Facultad de Medicina

2do lugar

"Carme presunto"

Autor: Ludovico Pradolin
Estudiante 1er año de Medicina
Universidad de Módena y Reggio
Emilia

3er lugar

**"Huellas Aónikenk: 5.000 años
de memoria"**

Autor: Sebastián Núñez Castro
Estudiante 2do año Medicina
Facultad de Medicina

Menciones honrosas

"Kensington, mi amor"

Autor: Iggy Ibáñez G.
Estudiante 5to año Cine
Facultad Comunicaciones

"Algo nace del fuego"

Autora: Dra. Marcela Castillo
Decana
Facultad de Medicina

III. INSTALACIÓN

1er lugar

"Arte dedicado a Chile"

Autora: Francisca Isabel
Valenzuela L.
Estudiante 2do año Medicina
Facultad de Medicina

2do lugar

"Reflejo del corazón"

Autora: Constanza González Godoy
Estudiante 1er año Química y
Farmacia
Facultad de Medicina

IV. CÓMIC

1er lugar

"Yo me acuerdo de mi Bobe"

Autora: Camila Niedmann
Waissbluth
Estudiante 4to año Medicina
Faculta de Medicina

2do lugar

"Camino de regreso"

Autora: Francisca Sandoval S.
Estudiante 3er año Medicina
Facultad de Medicina

3er lugar

**"Il Sentiero Giallo: sfumature di
Endometriosi"**

Autora: Gaia Pandolfi
Estudiante 3er año Sociología
Universidad de Bolonia

V. POESÍA

1er lugar

"Memoria de mi memoria"

Autora: Dra. Astrid Valenzuela
Docente
Facultad Medicina

2do lugar

"Casa. Memoria. Lugar"

Autora: Karla León
Colaboradora
Biblioteca UDD

3er lugar

"Hijo del cobre"

Autor: Andrés Morales
Estudiante 5to año Medicina
Facultad de Medicina

VI. CUENTO

1er lugar

"Hospital azul"

Autora: Dra. Astrid Valenzuela
Docente
Facultad de Medicina

2do lugar

"Bajo un cielo distinto"

Autor: Roberto Canales
Estudiante 5to año Psicología
Facultad de Psicología

3er lugar

"La pieza que faltaba"

Autor: Jared Corrial
Docente
Terapia Ocupacional
Faculta de Medicina

Mención honrosa

"Los niños de ayer"

Autora: Samantha Williamson
Estudiante 3er año Medicina
Faculta de Medicina

VII. MÚSICA

"Tres cuecas por Concepción"

Autor: José Rocandio
Estudiante de 5to año Psicología
Facultad de Psicología
Concepción

PREMIO FARO UDD

Fotografía "Padre y madre"

Autor: Dr. Alfonso Correa
Docente de Psicología
Facultad de Psicología

PREMIO AMCA

Pintura "Burnout"

Autor: Jesús Andrade
Estudiante 3er año Medicina
Facultad de Medicina

PREMIO ARTE Y ANATOMÍA

**Instalación "El sello del
pensamiento"**

Autora: Zara Silvera
Estudiante 2do año Odontología
Facultad de Medicina

Dibujo o Pintura

.....

PRIMER LUGAR

*“18 de
octubre 2019”*

VERÓNICA DÉLANO

Consejo
Universidad del Desarrollo

Acuarela... Frente al desafío de plasmar lo que sentíamos acerca de lo que estaba pasando Chile tras estallido y semanas posteriores. Es abstracta porque la representación gráfica se me hacía imposible para comunicar la conmoción que sentía y al final tiene la frase de Enrique Lihn: no hay palabras en la zona muda... parece que en ese momento tampoco había para mí imágenes concretas que retratar... solo los colores del emblema nacional en el cielo y un esbozo de la cordillera de Los Andes.



.....

SEGUNDO LUGAR

“Migas de nostalgia”

RENATA SEPÚLVEDA R.

Estudiante 1er año Pedagogía en Educación Básica
Facultad de Educación

Orienté la temática “memoria” con el sentimiento de nostalgia e “identidad” con aquellos detalles de la cultura chilena que están presentes en la cotidianidad. Ilustré una mesa después de la once, comida que no es común en otros países como lo es en Chile y que esta repleta de pequeñas cosas que pasan de ser percibidas pero tienen cierta identidad chilena.



.....

TERCER LUGAR

“El sello del pensamiento”

ZARA SILVERA

Estudiante 2do año Odontología
Facultad de Medicina

La sabiduría profunda del azul nos lleva al umbral de lo desconocido, a la introspección y a la conexión con el cosmos. La identidad y el origen no solo están en la piel sino grabada en la estructura de nuestras ideas. Las líneas de las huellas son caminos o registros de vivencias pasadas que forman la memoria.



.....

MENCIÓN HONROSA

*“Los misterios del
origen de la vida”*

MIREYA MOLINA

Matrona
Hospital Padre Hurtado



Fotografía

.....

PRIMER LUGAR

“Atardecer en Queilen”

DRA. ASTRID VALENZUELA

Docente
Facultad de Medicina

Identidad chilota que se revela en esta construcción típica. El trabajo de la madera es propio del chilote desde tiempos remotos, desde sus orígenes. Está en la memoria colectiva.



.....

SEGUNDO LUGAR

“Carme presunto”

LUDOVICO PRADOLIN

Estudiante 1er año de Medicina
Universidad de Módena y Reggio Emilia

El gesto y el tacto son herramientas de conocimiento que preceden al lenguaje y contienen memoria, emoción e identidad. La continuidad de los gestos humanos, desde los maestros hasta los padres, muestra la supervivencia de lo antiguo como una forma de memoria y de amor. El estudio del cuerpo y de las artes revela, finalmente, que la identidad no pertenece únicamente al individuo, sino también a una forma común que une las diferencias.



.....

TERCER LUGAR

“Huellas Aónikenk: 5.000 años de memoria”

SEBASTIÁN NÚÑEZ CASTRO

Estudiante 2do año Medicina
Facultad de Medicina

La imagen muestra huellas de manos creadas. Realizadas con tintes y sangre soplados a través de un hueso de guanaco, estas huellas representan el legado de este pueblo nómada cazador-recolector de la Patagonia, cuya cultura fue casi erradicada tras la colonización española y hoy perdura principalmente en vestigios arqueológicos, relatos y registros históricos.



.....

MENCIÓN HONROSA

“Kensington, mi amor”

IGGY IBAÑEZ G.

Estudiante 5to año Cine
Facultad Comunicaciones

En el corazón del barrio de Kensington Market en Toronto, inmigrantes latinos hacen lo posible por mantener su identidad y cultura al trabajar en tierras extranjeras, con un simple “mi amor”.



.....

MENCIÓN HONROSA

“Algo nace del fuego”

DRA. MARCELA CASTILLO

Decana
Facultad de Medicina

Desde todo lo que rodea nuestra vida
aparece luz y energía, incluso en
el fuego (que podíamos decir que
destruye) que en su proceso, ilumina.



Instalación

.....

PRIMER LUGAR

“Arte dedicado a Chile”

FRANCISCA ISABEL VALENZUELA L.

Estudiante 2do año Medicina
Facultad de Medicina

Arte dedicado a Chile rescata figuras y momentos que marcaron la historia, el arte y la literatura del país. La obra pone en valor la memoria, el origen y la identidad chilena, invitando a preservar el legado cultural y colectivo.



.....

SEGUNDO LUGAR

“Reflejo del corazón”

CONSTANZA GONZÁLEZ GODOY

Estudiante 1er año Química y Farmacia
Facultad de Medicina

Esta obra representa el valor de nuestro corazón, ya que ahí habita nuestra alma, y esta conforma la identidad de uno mismo, la sangre fluye por nuestras venas y eso es lo que nos mantiene vivos. Además, esta obra representa una puerta que al abrirla puedes ver reflejado tu corazón que vale oro y es un bello tesoro.



Cómic

PRIMER LUGAR

“Yo me acuerdo de mi Bobe”

CAMILA NIEDMANN

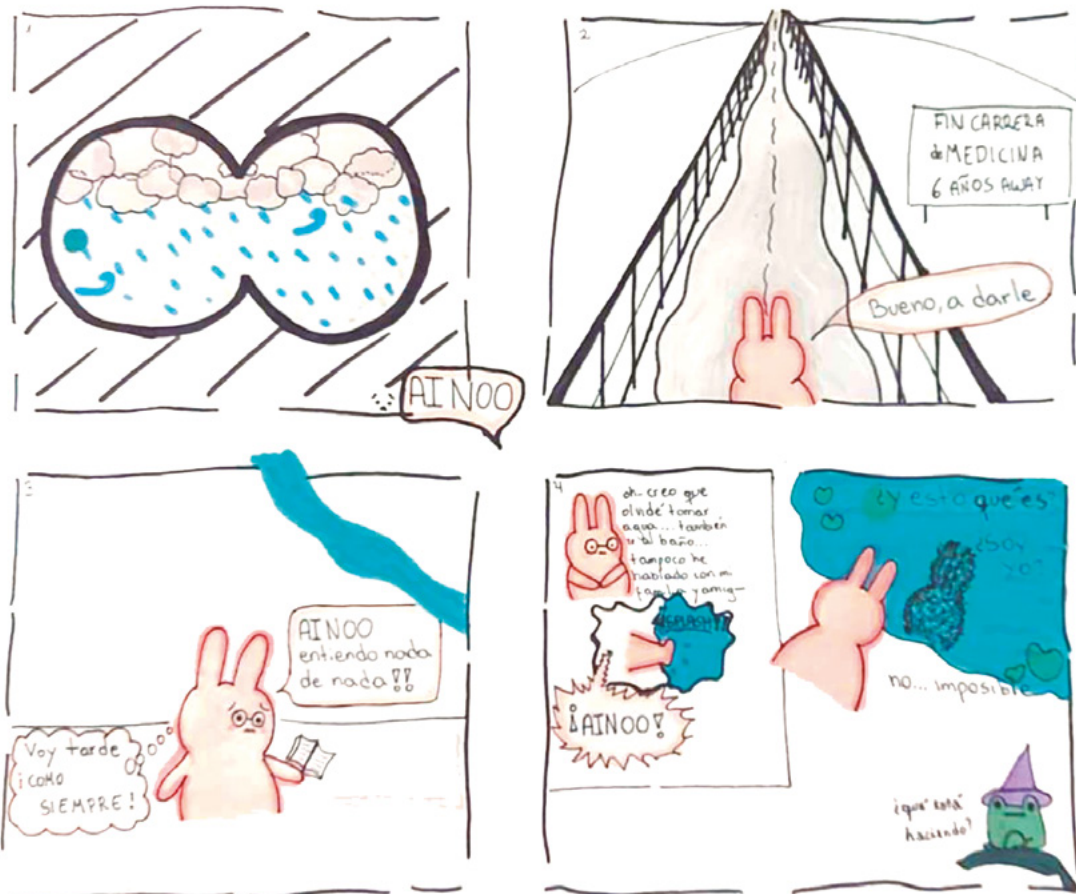
Estudiante 4to año Medicina
Facultad de Medicina



SEGUNDO LUGAR

“Camino de regreso”

FRANCISCA SANDOVAL S.
Estudiante 3er año Medicina
Facultad de Medicina



TERCER LUGAR

“Il Sentiero Giallo: sfumature di Endometriosi”

GAIA PANDOLFI

Estudiante 3er año Sociología
Universidad de Bolonia

Una semplice cena tra amici



Il Sentiero Giallo

1

Sfumature di Endometriosi

Un atto quotidiano



Il Sentiero Giallo

3

Sfumature di Endometriosi

La maternità



Il Sentiero Giallo

5

Sfumature di Endometriosi

L'amore



Il Sentiero Giallo

6

Sfumature di Endometriosi

Il lavoro



Il Sentiero Giallo

7

Sfumature di Endometriosi

Una malattia sordida



Il Sentiero Giallo

8

Sfumature di Endometriosi

Un'associazione



Il Sentiero Giallo

9

Sfumature di Endometriosi

Consapevolezza

Dolore e tradimento del corpo

Imprevedibile

Unione e forza

Música

.....

PRIMER LUGAR

“Tres cuecas por Concepción”

JOSÉ ROCANDIO

Estudiante de 5to año Psicología
Facultad de Psicología
Concepción

Corazón y frontera
Del mapuche y español
Biobío fue frontera,
con un poderoso río
naciendo en la cordillera.

Durante muchos años
fue esta tierra,
testigo de conflictos,
de sangre y guerra.

De sangre y guerra, ay si,
Concepcion mío,
ciudad de independencia
que nos ha unido.

De Chile es Concepción
su corazón.



Poesía

PRIMER LUGAR

“Memoria de mi memoria”

DRA. ASTRID VALENZUELA
Docente
Facultad de Medicina

Yo lo tengo en la memoria.
Desde un infinito audaz
que no conoce principio
y, aunque abrupto precipicio,
Tampoco tiene final.

Comienzo en un edificio
junto al Parque Forestal,
algo oscuro, años sesenta.
Se presenta en mi conciencia
y me invita a recordar.

Él subiendo la escalera
como en un rito ancestral.
Paso a paso
veo su sombra
con firmeza y voluntad.

Mi padre un hombre importante.
Lo veía poco, es verdad.
Me traspasó su cariño
solamente con un guiño.
(parte de su austeridad)

Entre la bruma aparece
bajo las lluvias australes,
cantándole a los pitíos
en esos bosques sombríos
y entre los cañaverales.

La tierra y el aire le hablan
y escucha con humildad.
Descifra los nubarrones,
interpreta sus colores;
aprendo de esa verdad.

El idioma lo apasiona,
Cervantes es su mentor.
Sintaxis y ortografía
me persiguen por la casa:
se debe decir ¡había!
aunque haya muchos,
señor.

Del diccionario a la calle.
A caminos polvorientos.
Otra pasión intransable:
el jeep galopando exhausto
(yo sosteniendo el aliento).

Vuelvo decenios atrás:
juntos en la Patagonia
entre ñandúes y liebres.
Siento que nos lleva el viento.
Navego en la inmensidad

El agua no es un misterio
más bien es una amistad
que surgió en algún diluvio
y a lo largo de su infancia
le develó su verdad.

Los ríos paran sus cursos
lo alojan en su interior.
Los vadea con energía
en compás con la corriente:
una mística fusión.

Aunque su tiempo transcurre
a diario en la gran ciudad,
donde luces y sonidos
agobian nuestros sentidos.
Lo acepta con humildad

En abúlicos domingos
desplegando su pasión
surge un huracán ardiente
que enciende las graderías
para estallar en un gol.

Cuando llegó su partida
se produjo un ventarrón.
Lo levantó por los aires;
nubes rojas desfilaron
para cantarle un adiós

Tres décadas han pasado.
Y no se nota su ausencia
Su figura transparente
se instala siempre a mi lado
Modelando mis vivencias.

.....

SEGUNDO LUGAR

“Casa. Memoria. Lugar”

KARLA LEÓN
Colaboradora
Biblioteca UDD

Soy un lienzo en blanco, un sueño con los ojos abiertos.

Llevo conmigo una pena pequeñita, bordada de araguaney en la comisura de la boca y de copihues escurriéndose por mis mejillas.

Un agosto no supe si me hice de día o de noche, desierto o mar, más intensa o menos consciente, pero se me hizo imposible disimular la risa y la tristeza.

Aplasté mis pulmones, e hice polvo todos mis suspiros, acabé rota o casi entera sollozando en todos los rincones que llevaban tu nombre.

Acribillé mi existencia solo en 23 kilos.

Guardé en la memoria todo lo que quise y me quiso, di o me dieron sin querer y sin medir el daño. Dejé de buscarme en tus caminos, porque abrí las ventanas de mi pecho para arrojar el miedo y salí volando para construir algo parecido a lo que quería para hacerme mayor.

En este nuevo hábitat me curé las heridas en silencio, coloqué flores en los sitios donde antes me dolía, sudé con fiebre todos mis colores me volví más vieja y asumí la pérdida.

Perdoné todos los suicidios en mi pecho que sostuve por amor, y aunque me sentí huérfana tuve que crecer despacio en otra tierra para poder hacerlo bien.

Me volví liviana, me besé las muñecas, me pellizqué las entrañas, me acurruqué en mi palabra favorita, tiré la memoria hacia atrás para que la vida me empujara hacia adelante, porque siempre es más fácil hablar en tercera persona para comenzar una nueva historia.

Y me descubrí a kilómetros soplando las velas, llorando las ganas para que todo saliera bien, enamorándome de cada trozo de cielo y totalmente encaprichada como una niña tonta, como si ya no me diera miedo volar.

Dejé de contar sueños, puse el tiempo en su lugar, te sostuve la mirada un día domingo; y ahora me crecen inviernos en el pecho, mar en la orilla de las plantas de los pies y begonias en las esquinas del corazón.

Como una flor que embellece todo. Como tus ojos verdes que inundan las ventanas de mis ojos. Como ojos de sueños cumplidos, como flores en el desierto que te acarician la voz mientras permaneces en silencio.

Y mis raíces se treparon por mi espalda, y miraron a lo lejos para adivinar el paisaje, y tuvieron sueños para cubrir la tristeza.

Porque ahora soy esto: dos tierras distintas, una casa con dos puertas y ninguna del todo abierta.

La canción que siempre suena en mi cabeza y me acaricia la nuca y no me salva de nada, pero que echo de menos, porque quererla me parece una batalla perdida y también una necesidad.

Y también soy todo lo que aún me queda por escribir, porque de mí nacen colibríes y tulipanes, orquídeas, y begonias y me trenzo el mar en los puños de las manos.

Y soy un lienzo en blanco, un sueño con los ojos abiertos.

.....

TERCER LUGAR

“Hijo del
cobre”

ANDRÉS MORALES

Estudiante 5to año Medicina
Facultad de Medicina

I
El calor por la ventana, el bolso listo pa'l
viaje, soledad cobra peaje: pagar con tiempo
mañana.
Pensé toda la semana:
¿por qué miro carta y sobre?
¿por qué hablo con rico y pobre? ¿por qué
soy seco y mojado, lloro a mares, floreado?
Porque soy hijo del cobre.

II
Donde nace lo García, donde nace lo Morales,
donde quedan mis modales, callé por qué yo
escribía, explico la biología, lo verdoso de mi
ojo, con el sol mi padre rojo, porque mi madre
morena, yo cargo el viaje en la arena, en lo
seco hallo mi alojamiento.

III
Gigantes y olas al lado, arbustos, rectas y
greda, papayas, pulpa de seda, con queso frito
salado. Las Tacas, pecho clavado. Me dirigí
hasta el norte, ya no creo que te importe, yo
te llevo con cariño, por lo que fuimos de niño,
en los sellos del pasaporte.

IV
Ya es más chico el arbusto, café con leche en
el cerro, sangro más cobre que fierro. Si miro
al cielo, me asusto.
No es arte, es algo injusto,
lo justo de luz envías, en barco, avión o en
vías, se nos va el metal precioso, que hace
este país glorioso, preciso pa mí y las IA's.

V
Ya llegando a la portada, yo vivo como
diaguita, donde tíos de visita, un gran asado
en manada, del Loa, bota mojada. jardines con
sus memorias, los puertos con trayectorias,
hospital, gente durmiendo, los míos ahí
viviendo, llenándolo con historias.

VI
Llegué a donde partí, al campamento minero,
donde viven los que quiero, aquí, de idea, nací,
pero ahora que volví, vivieron abuelos, papás,
abuelas, recetas, jamás, ahogado bajo tortas,
y el cobre por las aortas, eso por el cobre lo
das.

VII
Bajando a la duna, playa, en el ojo
camanchaca, yo me acuerdo de la Maca,
cuando tiro mi toalla. En su cuello, soy medalla
y más de oro que de cobre. Nunca me moriré
pobre por todo lo que me diste.
Yo sé bien que aquí naciste.
Sumaste a la mesa el sobre.

VIII
Azapa: momia y espejo, con los ojos oxidados,
me toca tirar los dados, subí al morro, lo
complejo: familia nueva, amor viejo. Aunque
ocupen pasaporte, del norte tendrán el porte,
viviremos siendo hermanos, todos los primos
lejanos, morirán hijos del norte.

IX
De vuelta para Santiago, ya sin ninguna
bacteria, con el cobre en la arteria, con las
postales de mago guardan el viaje del vago.
No confundas seco y pobre, aquí no hay gente
que sobre, de acá vienen mis alelos, y gracias
a mis abuelos, soy por siempre hijo del cobre.

Cuento

PRIMER LUGAR

“Hospital azul”

DRA. ASTRID VALENZUELA

Docente
Facultad de Medicina

Porque por ti pintan de azul los hospitales
Pablo Neruda, Oda a Federico García Lorca.

En algún lugar del mundo hay un hospital azul. He preguntado el por qué de ese color, pero nadie sabe. Debe de ser por eso, por ese color, que durante mucho tiempo, imaginé una cruz naranja en su azotea. Mitad cielo, mitad infierno.

Aquí suceden a diario muchas cosas, más allá de las consultas médicas, los ejercicios terapéuticos y las cirugías. Puedo contar, por ejemplo, que en ese lugar he visto ballenas en las paredes, vientres infecundos en el descanso de una escalera; perros circulando por pasillos aletargados detenidos ante una puerta por un letrero que dice “por favor no subir perros a los pisos”. En ese lugar, las paredes se duplicaron con una cáscara blindada para escapar de las balas.

Llegar ahí siempre fue difícil: calles con baches; semáforos en silencio; fantasmas en las esquinas, de caminar amenazante. Casas de cartón en las veredas; un descolorido avión estacionado en un sitio polvoriento invitando a amores furtivos 24/7. Y, sin embargo, es un lugar mágico.

Una madrugada de un miércoles cualquiera, unos hombres irrumpieron en el Servicio de Urgencias del hospital dejando a un joven agónico y huyeron. En un tiroteo con una banda rival, Los Pulpos, le habían dado y el Abacanao, así le decían, llegó moribundo. La sangre no sólo empapó sus ropas, sino que inundó sus órganos. Sus pulmones anegados no podían respirar, su corazón ya no tenía sangre que bombear. Su piel se transformaba en mármol.

Lo recibieron en una sala de paredes desteñidas, con un lavamanos exhausto de gotear. Hombres y mujeres con el rostro y la cabeza cubiertos le insertaron tubos por sus brazos, por su torso, por su boca, apretaron y soltaron rítmicamente su pecho y lentamente le devolvieron la vida. Fueron horas de batalla, de dudas, de un cansancio interminable

hasta que finalmente el monitor cardíaco anunció las primeras señales de vida.

El Abacanao tenía 17 años. Su familia vendía droga allá en la población El Castillo, en la misma que había transcurrido su infancia, vagando por las calles desde pequeño. Últimamente el negocio estaba malo. Los Pulpos habían llegado al barrio y sus miembros se estaban apoderando de la clientela. El dinero comenzaba a escasear y él tenía obligaciones que cumplir.

Un año antes, en ese mismo hospital había nacido su hijo, Juanito. La Yeni, su polola de 15 años entonces, se embarazó en el delirio de la droga. Cuando ella supo de su estado, lloró sin parar hasta el día en que parió, cuando un grito interrumpió sus lágrimas. Juanito nació en invierno bajo el signo de la escarcha. Su abuela materna se los llevó a su casa a ambos, madre e hijo. Pero el Abacanao nunca dejó de visitarlo. La abuela de Juanito vendía ropa usada a la entrada del hospital azul. Con el dinero que juntaba le compraba los pañales a su nieto en la feria. Llegaba recién a mediodía a armar el toldo, porque dormía poco. De noche se levantaba dos veces a darle la mamadera al niño. Había tenido que aprender a preparar la “fórmula” que le daban en el consultorio porque la Yeni no siempre llegaba a dormir. Con la visitadora social estaban haciendo el trámite en tribunales para conseguir la tuición del niño. Temía que la familia del padre se lo llevara. Puso una cruz de palque a la entrada de su casa.

Ahora, el Abacanao también se alimentaba con fórmula, igual que Juanito. Su cuerpo no resistía otro alimento.

Pasaron varias semanas en que el Abacanao se moría. Hasta que finalmente, en forma lenta comenzó a recuperarse. Con la ayuda de kinesiólogos aprendió a caminar de nuevo recorriendo en largos paseos

los pasillos del hospital. Una tarde en que bajó al 2º piso vio una sala donde varias mujeres recién paridas alimentaban a sus bebés. Recordó con pena a su hijo. Él sabía que la Yeni sólo lo quería a veces. Algunos días era Juanito. Otras veces, cuando llegaba tarde a su casa, desgredada y alterada, era el cabro chico. Lo tomaba, le daba pecho con ira: sus pezones eran dos ametralladoras que disparaban aceleradamente la leche para hacerlo dormir rápido. El Abacanao miró con tristeza por la puerta entreabierta de la sala y siguió caminando por los oscuros pasillos.

Día por medio lo visitaba la fonoaudióloga quien no sólo le enseñó a hablar, sino que a comer como si fuera un bebé. Los estudiantes lo visitaban y le conversaban. El Abacanao sonreía y agradecía. Un halo de inocencia se dibujaba en su rostro. A veces preguntaba por su hijo y la visitadora social le mostraba los videos: Juanito ya balbuceaba algunas palabras, daba pasos de la mano de su abuela. "será un gran hombre, digno de la estirpe de su padre", comentaba con voz aún débil el Abacanao. Recordó aquellas tardes de domingo en que iba a ver a Juanito. El Cuervo, lo llamaba. Lo subía al auto, lo acomodaba entre sus faldas y el manubrio y, al ritmo de un Reggaeton, salía a correr con él por Santa Rosa: afirmate, Cuervito, le decía, que la adrenalina corra por tus venas.

Mientras se recuperaba, obtuvo permiso para bajar con un técnico de enfermería al primer piso del hospital, al estacionamiento a fumar un cigarrillo para despejar los malos pensamientos, según él mismo decía. Allí, en sucesivas tardes, oyó cantar a los pájaros que anidaban en los árboles, vio al sol iluminar la cordillera, sintió el aire fresco en sus narices. A veces, cuando bajaba con algún estudiante, conversaban de la vida y del futuro. El Abacanao pensaba en su gente, en sus amigos del Castillo. ¡Qué nombre! Un castillo era un lugar suntuoso, de vida plácida y fácil habitado

por gente culta y elegante como los estudiantes que lo acompañaban. Su castillo era tan diferente, frío y mortecino. Cuando volvía a su cama, era la número 5, imaginaba a su Cuervo, ya grande, caminado por un castillo sombrío que no podía definir y un dolor extraño lo acometía.

El día en que se fue de alta, su orina ya no olía a remedios. Un enfermero moreno y corpulento le ayudó a vestirse. Todo el equipo de la unidad donde se hallaba hospitalizado concurrió a despedirlo, incluso aquellos que habían hecho turno de noche se quedaron para acompañarlo en ese momento. Hasta la enfermera rubia, la más atildada de todas, esa mañana, le dio un abrazo. Hicieron un fila larga, pusieron globos en el pasillo y le cantaron una canción. Chao, Jefferson (así se llamaba), te queremos mucho, decía un cartel. La mampara, al abrir, entonó una desafinada fanfarria mientras Jefferson desaparecía detrás del umbral. Afuera llovía y el agua goteaba por el parche plástico de una ventana. El Abacanao, al alejarse, miró el hospital envuelto en su cáscara azul y una luz de confianza recorrió su cuerpo.

El Abacanao concurría puntualmente a sus citas para hacer su rehabilitación. En el hospital había un gimnasio donde hacía ejercicios para fortalecer sus músculos. A veces faltaban implementos, pero la terapeuta siempre buscaba una alternativa para continuar con su terapia aun cuando la sesión se prolongara. El Abacanao mejoraba; no sólo su cuerpo. Su alma se fortalecía también.

Juanito siguió creciendo lejos del Castillo. Vivía en el mundo de la claridad, con ropas limpias, palabras amables y buenas costumbres. Ese era su castillo. Y Jefferson lo agradecía.

Una tarde de abril, cuando el Abacanao volvía a su casa, después de pasear con Juanito, un grupo de

encapuchados lo detuvo. Cinco hombres lo bajaron del auto, lo golpearon, luego le dispararon y huyeron. Transeúntes que pasaban por el lugar lo recogieron, casi exangüe y lo llevaron al hospital. Jefferson, al llegar, agónico, abrió los ojos y vio ese edificio tan suyo, tan propio. Y, en paz, se entregó a ese azul infinito que lo acogía por última vez y para siempre.

.....

SEGUNDO LUGAR

“Bajo un cielo distinto”

ROBERTO CANALES
Estudiante 5to año Psicología
Facultad de Psicología

I

El hombre destrabó el cerrojo del portón de madera que él mismo había erigido hacia décadas y empujó la puerta con la fuerza de una mano nudosa. Los goznes crujieron como crujen en los cercos húmedos de los fundos antiguos y en respuesta no hubo nada. Ante sus ojos se extendía la pradera y vio el pasto y los árboles acariciados por la brisa fría del alba. La atmósfera se sostenía en un silencio distinto a los días anteriores. Un silencio vacío y reducido. Por algún lado estarán, pensó. Dio media vuelta y avanzó por el sendero que conducía a la casa. El pasto había crecido en los contornos del sendero y había crecido también alrededor de la base del brocal y el brocal ya era parte de la tierra. Cuando levantó la vista vio que el niño lo observaba.

El cielo ardía en oro hacia el oriente y las montañas lo recibían con quietud, encendiéndose. En el poniente, el firmamento se cerraba hacia el valle en una nube sombría que parecía una mano gigantesca.

¿Qué haces?, preguntó el niño.

El hombre lo miró, luego miró al prado y luego lo miró de nuevo y sonrió.

Los libero. Se llevó la mano a la boca y tosió.

¿Por qué?

El hombre pensó por unos instantes y la brisa le ondeó los blancos y delgados cabellos.

No sé.

Sus miradas se cruzaron. El rostro del niño estaba bañado por el sol del fresco amanecer y sus ojos verdes refulgían. Los mismos ojos, ya apagados, permanecían en las cuencas del hombre, contorneadas por surcos profundos que ya no tenían vuelta atrás.

El niño sonrió.

¿Desayunamos?, preguntó, y casi al mismo tiempo, un retazo de nube ocultó el sol y el hombre vio el rostro del niño ensombrecerse.

Vamos, le dijo.

Entraron a la casa. Un fuego incipiente ardía en la chimenea y alumbraba la penumbra. El niño recorrió las cortinas de género y se sentó en la silla de siempre. Los pies todavía le colgaban, pero ya cada vez menos. Los balanceaba con cierta cadencia acompasada.

El hombre abrió la despensa. Quedaban tres latas de duraznos en conserva. Más rato iría a buscar más, pero en el fondo sabía que ya no quedaban más. Suspiró, tomó una lata y le incrustó el abridor.

Mientras comían el pan de la noche de ayer y el té humeaba en las respectivas tazas, el niño bebía los vestigios de almidón de los duraznos. A su lado, el hombre contemplaba al niño y cavilaba sobre el extraordinario parecido que tenía con su madre.

Sabe a metal, dijo de pronto, y dejó caer la lata en la mesa. El almidón se desparramó por el mantel y el hombre lo miró pensativo. Hincó un dedo en el fluido y se lo llevó a la boca. Luego enarcó las cejas y se volvió al niño.

¿Tú crees?, le preguntó.

¡Sí!

El hombre tomó la lata y la observó. Todavía no llegaba a su fecha de vencimiento.

A mí me sabe bien dulce.

El niño miró al piso y luego por la ventana y el hombre apretó los labios y lo observó.

¿Listo para la excursión de hoy?, preguntó, y el niño volvió a mirarlo con los ojos bien abiertos y una sonrisa que no podía ocultarse ni aunque fuera cubierta con ambas manos.

¿De verdad? ¿Hoy?

Es un lindo día, ¿no te parece?

¡Sí!, dio un brinco desde la silla y corrió a su habitación a buscar una mochila que ya tenía de antemano

preparada. Cuando volvió al comedor, vestía una vieja chaqueta que le quedaba grande. Había pertenecido al hombre en otro tiempo, cuando todavía era un chico un poco mayor que aquel que tenía al frente y comía ciruelas extraídas de los árboles del prado y montaba a caballo hasta que el sol rojo caía por el horizonte y bañaba de sangre los rostros sudorosos de las bestias y los hombres.

Y ahora no sé cuál es cuál, pensó, irguiéndose.

¿Abuelo?

¿Sí?

¿Podemos llevar un tarro de duraznos?

El hombre sonrió. Podemos llevar dos tarros de duraznos. Iré a preparar mi mochila y a cambiarme estas botas de trabajo.

Caminó a su habitación y de pronto se sintió muy cansado, como si hubiese caminado una extensa distancia entre un lugar y otro. Apoyó una mano en el marco de la puerta, se miró los pies y apoyó más parte de su cuerpo también. Un leve pitido llegó a su oído y tuvo la impresión de ver unos puntos oscuros en el perímetro. Cerró los ojos. Una prolongada exhalación emergió de su garganta. No sabía si estaba listo para lo que estaba a punto de hacer. Los años ya habían hecho lo suyo y el momento para eso ya había tenido su lugar. Pero era por el niño. El niño tenía derecho a saberlo.

Se sentó a los pies de la cama, se quitó las botas con cierto esfuerzo y calzó unos botines que lucían nuevos por el desuso. Se detuvo en ellos por un instante. Alguna vez, en otro momento, habían sido parte de un obsequio, ofrecidos por otras manos más inocentes, más jóvenes y femeninas. Esa vez, su hija sonrió al verle brillar las gemas aceitunadas y la melodía que nacía de su rostro cuando recibía el presente. También estaba el humo de unas velas recién apagadas y sintió el calor del encuentro y escuchó la música de aquella vez y su mano recordó el abultado vientre de la mujer.

Miró por la ventana. La luz del sol ya visitaba con fuerza la superficie y un haz lleno de polvo se desplegaba en el piso de madera de la habitación. La madera estaba ahí y sus ojos observaban al haz y al hombre como habían observado a generaciones enteras sin recordar a nadie.

El niño lo miraba sonriendo desde el marco.

Me da risa cuando te quedas así.

El hombre sonrió. ¿Así, cómo?

Así. Como congelado.

La primera risa del día se liberó desde la sequedad de su garganta. El hombre se levantó de la cama y de su armario extrajo dos bolsas de dormir, una tanto más pequeña que la otra.

Piensa rápido, dijo, y le lanzó la más pequeña al niño con suavidad. El niño no alcanzó a atraparla y rebotó contra su pecho. Ambos rieron y salieron de la habitación.

Abuelo.

Nieto.

¿Los de allá no sabrán a metal?, y apuntó a un cajón de la despensa que estaba abierto.

El hombre miró, bajó la vista y se volvió al niño.

No creo, dijo. Vamos. Se hace tarde.

II

Caminaron por el sendero de salida. Era la angosta remanencia de lo que había sido una huella de camioneta. El ambiente todavía era frío, pero el sol picaba en las mejillas y en el cuello.

Un sol distinto, pensó el hombre.

El sendero moría unos metros antes de un pesado portón de hierro forjado que estaba salpicado de óxido antiguo. El hombre jaló el portón que chirrió en la herrumbre y permitió que el niño saliera primero. Cuando salió él, pensó en cerrarlo, pero no se molestó en hacerlo.

Afuera, el niño miraba todo con ojos limpidos y nuevos. A unos pasos del portón, una carretera de asfalto los separaba de una tierra gigantesca de cultivos de maíz. Ningún viento los mecía. El panorama era verde y celeste y el sol brillaba en cada hoja y en cada hebra. La carretera se extendía largamente hasta perderse en unas colinas. En una de ellas, la silueta de un gran árbol torcía sus ramas hacia el cielo como si fuera una garra cerrándose sobre algo enorme.

¿Por dónde?, preguntó el niño.

Por allá, y el hombre indicó con el índice a las colinas.

Bajó a la carretera, avanzó unos metros y advirtió que nadie lo seguía. Se giró y vio que el niño estaba quieto sobre la cuneta y miraba de un lado a otro con la frente arrugada y se frotaba las manos.

¿Qué pasa?

El niño miró al cielo. Una nube grande y opaca avanzaba hacia ellos. Luego miró la carretera de un extremo a otro.

¿No vendrán autos?

El abuelo miró al sur por la carretera y luego devolvió la vista al niño. Sonrió.

No. No vendrán.

¿Cómo lo sabes?

Solo lo sé.

Pero ¿cómo?

El hombre levantó la vista al firmamento y vio la nube que había atrapado la mirada del niño. En su extremo más próximo comenzaba a diluirse y daba al sol una tonalidad extraña, apagada. Sin darse cuenta, el hombre apretó los labios.

¿Recuerdas la radio?

Sí.

Bueno, por ahí lo dijeron. No pasarán más autos por aquí.

¿Estás seguro?

Sí.

El niño suavizó el semblante.

Hace rato no escuchamos motores pasando por la noche, ¿no?, agregó el hombre.

Sí...

Ven. Vamos.

Asintió. Puso una bota en la carretera y luego otra y avanzó hacia el hombre. Los ruidos de sus pasos resonaron de un modo raro en medio de ese silencio distinto, equivocado.

Caminaron por la carretera, cada uno en sus pensamientos. El niño a veces corría por ella con los brazos extendidos como si de pronto fuera a volar. En esos momentos el hombre lo miraba y las comisuras de sus labios se tornaban hacia

arriba.

Ninguna torcaza ni ninguna golondrina surcaba los prados. Tampoco sonaban cigarras entre los tallos del maíz ni en los pastizales que habían crecido a media altura y que trepaban por los postes y el alambrado. El hombre reparó en ello. Iba a comentárselo al niño y tosió con una fuerza que pudo haberse escuchado hasta el portón de su tierra.

El niño, que ya le sacaba unos metros, se dio la vuelta y lo miró. El hombre escupió al piso y luego esbozó una sonrisa.

Iba a decirte que parecías el único pájaro de este lugar.

El niño soltó una risita.

¿Adónde se habrán ido todos?

Quizá duermen todavía.

No creo. ¿Tú crees?

No, en realidad no.

Continuaron caminando, ahora al mismo ritmo.

¿También lo dijeron por la radio?

El hombre alzó las cejas.

¿Qué cosa?

Lo de los pájaros. Que tampoco pasarían por aquí.

El hombre calló.

No, no lo dijeron.

El niño afirmó con la cabeza.

Avanzaron en silencio. Esta vez, el hombre pensaba en aves y en cigarras y casi creía verlas cortando el cielo de un verano remoto. Un cielo intenso y cargado de vida que había sido siempre igual. Recordó el mismo camino, de tierra por ese entonces, y la última vez que cabalgó por él. El sonido suave pero imponente de las pisadas del animal, los perros que acompañaban y jadeaban en medio del polvo. Casi podía sentir el calor y el regocijo de ese tiempo pretérito. Luego se transportó a otro momento. Las máquinas, la obra. El ruido de todo aquello. Y llegó a la ceremonia del alcalde cuando celebraba por fin la apertura del nuevo camino, ahora pavimentado.

Ya casi llegaban a las colinas cuando una repentina ráfaga de viento les golpeó en el rostro. El hombre percibió un olor pesado en aquel viento. Un olor familiar y pesado. Miró al niño esperando su reacción, pero no hubo ninguna reacción.

Llegaron a la cima de las colinas y pasaron junto al árbol que parecía una garra. Medio kilómetro más allá, una mancha blanca y negra estaba desparramada por el prado junto a un portón. Contrastaba con el verdor del campo.

El hombre frunció el ceño. Respiraba con fuerza y tenía un sabor pastoso en la boca y las encías. Algo le oprimía el pecho, pero no había nada que pudiera hacerlo. Miró a la mancha y luego al niño. No hay otro camino, pensó, y cuando ya le sacaba unos metros, apuró el paso.

Mucho más allá, cerca de la mancha, el niño se detuvo.

Oh.

El hombre se adelantó y lo miró, los músculos tensos.

Esas sí que duermen, dijo el niño.

El hombre agrandó los ojos y sintió un escalofrío glacial. El olor dulzón flotaba con densidad en el aire. Estaban a campo abierto, pero era como estar encerrados con él. Se impregnaba en sus ropas y en sus cuerpos y también en sus cabellos. Tenía una cualidad penetrante, húmeda y seca a la vez, y algo orgánico habitaba su esencia.

Ante ellos, una vaca yacía en pleno asfalto. Sus costillas eran hendiduras profundas y lo que albergaban se había detenido hacía tiempo. La barriga estaba hinchada y de las ubres nacía una secreción espesa. Los párpados del animal estaban cerrados y parecía que no había nada bajo ellos. Por encima, un zumbido. Uno o muchos. El hombre miró a la congregación que estaba tumbada en el prado y vio un enjambre sobre sus restos. El niño buscó su mano. Estaba quieto y también miraba. Nadie dijo nada.

La tarde avanzó con rapidez y en esos ratos no vieron nada que pudiera llamarles la atención. La carretera a veces se curvaba y otras veces se extendía en franjas rectilíneas que parecían no tener fin. A ambos lados del camino: cultivos. De lo que fuera. Permanecían inermes, salpicados de un sol sucio que estaba filtrado por masas de bruma opaca.

Los pies del hombre agonizaban dentro de los botines. Sentía un dolor punzante en la fascia y en la punta de los dedos. También sentía un cansancio, una fatiga que le invadía el cuerpo y que insistía en latir pesadamente entre sus cejas y en sus sienes. Extrajo una botella de agua de la mochila y dio cinco largos tragos. Ofreció la botella al niño y el niño la cogió y dio tres tragos.

Siguieron caminando mientras en el cielo se formaban masas grisáceas y gigantes. El día vacío se debatía entre el gris y el color anaranjado del crepúsculo

y el hombre miraba cómo los últimos rayos de sol rebotaban en la melena naciente del niño. Los colores de su cabello danzaban en el aire fresco y se movían con una cadencia conocida y al hombre le parecía hermoso todo aquello. Notó una presión ahogante en la garganta y tragó saliva. En ese tragar, percibió algo distinto. Algo que tal vez el niño había sentido. Un leve sabor a óxido.

Dudó.

Tragó de nuevo, pero era muy pronto. Se prometería volver a tragar un poco más

allá.

La oscuridad crecía con cada paso que daban y el frío viento reclamaba su lugar. El terreno había cambiado en las últimas horas y los campos de cultivo se habían convertido en planicies extensas de tierra húmeda. No había mucho en ellas, salvo sotos de álamos y sauces que apenas tenían hojas. En el azulado paisaje proyectaban una imagen siniestra.

Caminaron por la carretera y el hombre advirtió unas fisuras en ella. Algunos baches también. Los miró y algo en su vista se desajustó y se mareó. Dio un paso y tuvo que dar otro más corto para recuperar el equilibrio y dicha maniobra le escoció los pies. El niño no se había percatado. Miraba un punto fijo del camino. Una larga pendiente comenzaba a percibirse en él, y arriba, en la cumbre, estaba la triste silueta de un arco. El hombre se dio cuenta de esto y pensó que ya quedaba poco. A los pies de la pendiente había algo de gran volumen que permanecía quieto al costado del camino. Se acercaron, pero la noche ya acaecía y no podían divisarlo muy bien. Continuaron avanzando y pronto pudieron distinguirlo. Se trataba de un todoterreno.

El cielo se había deshecho de los últimos resquicios de nube y en su tonalidad negra azulada muchas estrellas se dejaron ver. Brillantes y siempre iguales. Frías y distantes. Abuelo y nieto avanzaron por la senda de ese mundo que se iba estrechando contra sí mismo

en color y en luz y que absorbía cuanto podía de su entorno y su historia.

Ya habían llegado al vehículo cuando la noche cayó con poder. El hombre extrajo una pequeña linterna del bolsillo y la encendió. Las puertas del coche habían sido removidas, el parabrisas estaba completamente roto y los asientos estaban desgarrados. Un frío viento sopló y les erizó los vellos de la nuca.

Creo que sería bueno descansar aquí, dijo el hombre.

Está bien.

Al hombre le pareció extraña su voz de niño. Desde el incidente de la tarde que nadie decía nada.

Podemos usar esto como refugio para el viento. Se pondrá muy frío pronto.

Está bien.

El hombre lo miró. El niño estaba encogido en sus hombros y se agarraba los brazos.

Se descolgó la mochila y de una de las amarras cogió un hacha pequeña.

Iré a buscar algo para hacer un fuego. ¿Me acompañas?

El niño asintió.

Un cansancio extremo los había poseído. La madera ardía y alumbraba sus rostros abatidos. Comían sin hambre pan y duraznos y a veces bebían agua. Callados. Mirando las chispas y las lenguas de las llamas que intentaban tocar ese cielo negro y eterno.

Y el pesado gusto metálico estaba ahí, compartiendo sus bocas y sus gargantas, expandiéndose por sus cuerpos. Ni uno de los dos decía nada. Solo el viento les llevaba algunos susurros lejanos.

El niño dejó la lata de duraznos a un costado y miró a la noche estrellada.

Son tantas, dijo.

El hombre lo miró y luego alzó la vista. Relumbrantes

puntos los miraban desde el cenit. Millones de ellos.
Sí. Muchas.

¿Siempre han sido tantas?

El hombre miró los ojos del niño, embelesados por el paisaje.

Siempre.

Las ramas del fuego se resquebrajaron y pasó un buen rato antes de que el niño extendiera su bolsa de dormir y se introdujera en ella. El hombre lo vio cerrar los párpados con cierta fuerza y al poco rato comprobó que ya se había dormido.

La noche avanzó. El hombre miraba el fuego que danzaba en la quietud y cuando se volvió para ver al niño se dio cuenta de que tiritaba. Gotas de sudor temblaban en su frente. La tocó con el dorso de la mano. Estaba caliente.

III

Despertó de golpe en la mañana gris. Se incorporó para ver al niño. Estaba despierto, sus ojos verdes lo miraban.

¿Cómo estás?, le preguntó.

Bien. Con un poco de frío.

¿Tienes hambre?

No.

Yo tampoco.

El hombre salió de su bolsa. Cuando iba a calzar los botines, miró sus pies. Unas manchas rojas habitaban su piel. Miró sus manos. También estaban ahí.

Se volvió al niño. Se levantaba con lentitud, casi con dificultad. En su cuello había un hematoma. Violáceo. Como un crepúsculo invernal.

¿Listo para lo que queda?

El niño lo miró. Una triste sonrisa dibujada en su rostro.

Listo.

Bien. Vamos entonces.

Emprendieron rumbo al arco, dejando atrás unas brasas plomas, lo que quedaba de un todoterreno y unas latas de duraznos en conserva a medio terminar.

La cuesta era pronunciada y en los primeros pasos del ascenso comprendieron que necesitarían un gran esfuerzo para encumbrarla.

Jadearon. Sintieron frío y calor. El estómago les dio vueltas.

El hombre miraba al niño y su ahinco. Iba un poco más adelante que él. Quería hablarle. Sentía la necesidad de hablarle. Pero no podía. El aire apenas le entraba a los pulmones. Y tenía la certeza de que al niño también.

El sol despuntaba en la blanca neblina y la hacía reflejar agresivamente. La luz les picó y el hombre se rascó las manos y se provocó una herida sangrante. Nada muy serio, pero le ardió. Le ardió como le ardía todo adentro.

Ya casi llegaban al arco en esa ascensión que parecía durar mil años. El sol les golpeaba brutalmente los rostros humedecidos y pálidos y apenas podían contemplar la silueta que los esperaba allá adelante sin enceguerse por esa luz lacerante. El hombre sintió algo, una alteración dolorosa moviéndose en sus profundidades. Se llevó una mano a la boca y tosió con lo poco que le quedaba de aire y algo surgió de esa tos. Abrió la mano tambaleante y lo vio. El rojo oscuro que se escapaba y que ya no volvería.

El niño subía en pasos zigzagueantes. A veces tropezaba, a veces aminoraba el paso. También tosía, pero el hombre no podía ver mucho más. Ni tampoco oír. Todo era el tambor de los latidos y las formas oscuras contrastando con esa mañana blanca y cegadora. El hombre extendió un brazo y encontró el cuerpo del niño que se resistía a la pendiente. Ahora a la misma altura, presionó y lo ayudó a subir. Ya solo quedaban unos metros.

Llegaron al arco, resollando. Apenas podían sostenerse en pie. Se apoyaron en la piedra fría del portal mientras el sol áureo los bañaba. Tenían los rostros encendidos y helados. Los pies les palpitaban. Las cabezas también. Se sentaron y descansaron un buen rato.

Cuando recuperaron el aliento, miraron más allá.

Un silencio inmenso los contemplaba. Suspendido en el aire. Como algo que los venía esperando hacía mucho.

El hombre se puso de pie. El niño lo miró, el ceño fruncido.

Un valle gigantesco se extendía ante ellos. No había nada en él. Solo rocas y tierra chamuscada. Como un páramo deshabitado que nunca había recibido a nadie.

El hombre dio dos pasos lentos a ese valle. Lo conocía, pero al mismo tiempo no.

Sus ojos recorrieron los contornos del lugar. Cada piedra, cada veta. Cada trozo de madera o de algo roto que estuviera por ahí. Una película gris estaba suspendida sobre toda la superficie. Recogió un poco. Ceniza.

Más allá, al centro de esa tierra reseca, una enorme cavidad yacía en la quietud. El borde de aquella depresión estaba cubierto de ceniza.

Comenzó a avanzar sin decir nada. La tierra crujió bajo los botines que se cubrieron rápidamente de ese polvo gris. El niño lo siguió.

Descendieron por ese valle que parecía de otro mundo. El niño miraba al hombre en su andar despacio. En la lejana línea del horizonte, vio unas siluetas que le despertaron curiosidad. Grandes esqueletos de formas rectangulares. No sabía lo que eran. Estaban quietos. Como dormidos.

Pronto llegaron a la cavidad y se detuvieron. Era mucho más grande de lo que les había parecido antes. Solo había tierra, piedra y ceniza.

El niño miraba al hombre y el hombre miraba todo. Los ojos le brillaban y su barbilla temblaba. Ambos estaban agotados y algo les dolía adentro.

Unos metros más allá, el niño advirtió una figura pequeña que resaltaba de ese ambiente oscuro. Caminó hacia ella.

El hombre no lo notó. Gotas cristalinas rodaban por sus mejillas. Cerró los ojos y vio de nuevo esas manos. Femeninas. Suaves. Una sonrisa distante. Ecos de lo que había sido.

Abuelo.

El hombre se pasó una manga por la cara y se volvió. El niño estaba en cuclillas a unos pasos más allá. Algo había entre sus pies.

Mira lo que encontré.

Se acercó. Cuando vio por encima del hombro del niño, sus ojos se encontraron con un intenso verdor.

¿De dónde habrá salido?, preguntó.

El hombre solo miraba. Una ramita emergía de la tierra. Desde ella, dos pequeños tallos. Uno tenía una hoja, brillante por el rocío.

Intentó decir algo, pero calló.

El niño lo miró. Su abuelo tenía una mancha escarlata en la comisura de los labios y estaba pálido y tenía los ojos enrojecidos. Se levantó y lo abrazó.

En el silencio de ese abrazo, una brisa sacudió las pequeñas ramitas. El rocío resbaló a la tierra y la mojó como lo harían las próximas lluvias. Algo antiguo crecería de ahí y seguiría creciendo cuando las cenizas ya no fueran cenizas y cuando la tierra quemada fuera húmeda y llena de vida. Los tallos serían troncos y quienes pisaran sus raíces ni siquiera lo entenderían. Tras muchos amaneceres, la sombra de esos gigantes recibiría aves y cigarras que cruzarían el cielo de otros veranos y de otro tiempo. En ese profundo valle todo sería más viejo que aquello que conocieron y sus huellas no tendrían el recuerdo de nadie.

.....

TERCER LUGAR

María Clara estaba sola en la cocina cuando recordó, sin ninguna razón aparente, la tabla del cuatro.

Había dejado una taza en el lavaplatos, el teléfono boca abajo sobre la mesa y una lista de pendientes que se empujaban entre sí como pasajeras apuradas en hora punta. Debía terminar un informe, responder dos correos, revisar una pauta, comprar pan, ordenar la mochila de su hijo y, en algún punto improbable del día, dormir.

Pero en vez de hacer cualquiera de esas cosas, se quedó mirando una cuenta escrita en el reverso de una boleta: doce por cuatro.

Cuarenta y ocho, pensó de inmediato.

Y luego, como si una puerta vieja se abriera sin pedir permiso: diez por cuatro, cuarenta; dos por cuatro, ocho.

Sonrió.

No por el resultado. A esas alturas de la vida, multiplicar por cuatro tampoco merecía una estatua. Sonrió porque recordó a la niña que había sido: una niña que no recorría los números como una fila ordenada, sino que los abría por dentro. Los partía, los movía, los armaba de nuevo. Mientras otros memorizaban, ella desmontaba.

Durante años pensó que todos hacían eso.

Ese, quizá, fue el primer gran malentendido de su vida.

La idea había vuelto a rondarla desde que comenzó su proceso diagnóstico. No fue una revelación cinematográfica. Nadie le entregó un sobre sellado ni una terapeuta sabia le dijo “por fin has llegado a ti misma” mientras el viento movía unas cortinas blancas. Fue mucho menos elegante: una conversación con Magdalena, una amiga psicóloga, de esas conversaciones que empiezan hablando de pacientes y terminan abriendo habitaciones enteras de la propia biografía.

—A veces siento que me pasan cosas parecidas —dijo María Clara, tratando de sonar casual.

Magdalena la miró con una naturalidad irritante.

—Sí, claro. Tú también eres así.

Así.

Una palabra mínima. Una puerta enorme.

María Clara esperó una explicación más larga. Un gráfico. Un documento con membrete. Algo que justificara el descaro. Pero Magdalena siguió hablando como si no acabara de mover un mueble pesado dentro de su cabeza.

Esa noche, María Clara hizo lo que hacía cada vez que una idea le dejaba una astilla: investigó.

Y cuando María Clara investigaba, la expresión “un rato” perdía toda dignidad. Un artículo llevaba a otro, una experiencia personal a un estudio, un concepto a una charla, una charla a una entrevista. De pronto eran las dos de la mañana y ella había partido con una pregunta sencilla para terminar con diecisiete pestañas abiertas, una taza fría y la sensación de estar leyendo instrucciones escritas en un idioma parecido al suyo.

No supo todavía qué hacer con eso.

Solo sintió algo raro en el pecho: no alivio completo, no certeza, no fiesta. Más bien una pequeña sospecha luminosa, como cuando una reconoce una calle por la que nunca ha caminado.

A la mañana siguiente, mientras preparaba desayuno, empezaron a aparecer recuerdos.

Primero, las tablas de multiplicar.

Las había aprendido muy chica por unas canciones de un programa infantil. Se le quedaron pegadas con una facilidad absurda, como se quedan pegadas las melodías que una no pidió memorizar y que, sin embargo, terminan viviendo gratis en la cabeza durante años. Después, cuando el colegio empezó a enseñarlas formalmente, María Clara ya las sabía. Pero más que repetirlas, las desarmaba.

Doce por cuatro no era una respuesta guardada: era una pequeña máquina. Diez por cuatro. Dos por cuatro. Cuarenta y ocho.

Mucho después descubrió que no todos veían los números así. Para algunos eran una lista. Para ella, piezas desmontables.

No era mejor. No era peor.

Era una pista.

Y quizá esa había sido siempre su manera: desarmar para entender.

La segunda pista tenía forma de juego.

De niña jugaba con sus primas durante tardes largas, de esas que en la memoria parecen hechas de patio, voces y calor. A veces lo pasaba muy bien. Otras veces, algo se torcía. Habían dicho una regla y, de pronto, alguien quería cambiarla. Para las demás era un ajuste sin importancia. Para María Clara, en cambio, era como si alguien moviera una pared de la casa sin avisar.

Si se había acordado que era así, ¿por qué ahora podía ser distinto? ¿Había una reunión previa? ¿Un acta? ¿Un comité de emergencia? ¿Alguien pensaba hacerse cargo del caos jurídico del juego?

No tenía esas palabras entonces. Solo se enojaba. Peleaba. Insistía. La llamaban intensa, mandona, exagerada. Ella no sabía decir que no quería controlar el mundo; solo necesitaba que el mapa no cambiara mientras estaba caminando.

Con los años aprendió a decir “no importa” cuando sí importaba. Aprendió a sonreír ante cambios de planes, a hacer como que la flexibilidad era una virtud sencilla y no una disciplina olímpica. Pero a veces, por dentro, seguía sintiendo esa incomodidad antigua: el esfuerzo de reordenarse rápido para que nadie notara el temblor.

El tercer recuerdo cantaba.

María Clara cantaba todo el día. No cantaba para demostrar nada. Cantaba porque una canción se le pegaba y salía. Porque había música dando vueltas adentro y, si no la dejaba salir, parecía que algo quedaba inconcluso.

En el colegio, a veces se reían de sus caras o exageraban sus gestos para molestarla. No fue

“La pieza que faltaba”

JARED CORRIAL

Docente
Terapeuta Ocupacional
Faculta de Medicina

una tragedia. Nadie arruinó su vida en una escena dramática con lluvia y violines. Pero hay comentarios pequeños que enseñan cosas grandes. Ella también se reía, aunque no siempre le diera risa, porque entendía que si se enojaba iba a quedar como exagerada.

No dejó de cantar.

Solo aprendió a medir cuándo, cuánto y frente a quién.

La cuarta pista llegó con medallas.

En séptimo básico participó en un campeonato de matemáticas. Le gustaban esas pruebas de cálculo rápido, esa sensación de que los números se abrían antes de que ella terminara de explicárselos. Además, había un niño de otro curso que le gustaba, y eso le daba al evento un brillo adicional, bastante ridículo y absolutamente importante, como casi todo lo que una siente por primera vez a esa edad.

Ganó. O al menos ganó lo suficiente para subir a un escenario, recibir medallas y ver a sus padres orgullosos. En su casa fue una celebración. Fueron a comer algo rico. La miraron como se mira a alguien que acaba de hacer algo valioso. Durante unas horas, su entusiasmo tuvo espacio.

Pero en el colegio la cosa fue más ambigua. Volvía a clases como entrando tarde a una conversación que había seguido sin ella. A veces sentía distancia, aunque hoy no sabría decir si venía de afuera o de su sensibilidad para leer amenaza en cualquier silencio. Quizás era rechazo. Quizás era cansancio. Quizás era esa edad absurda en que nadie sabe muy bien cómo celebrar lo distinto sin convertirlo en rareza.

Lo que sí recuerda es la pregunta: cuánto contar, cuánto celebrar, cuánto esconder para no quedar fuera de lugar.

La adolescencia, por supuesto, trajo su propio ministerio de reglas invisibles.

María Clara estaba convencida de que había un manual que alguien había repartido en secreto y que a ella no le llegó. Las otras personas parecían saber cuándo

algo se podía contar, cuándo era secreto, cuándo una pregunta era curiosidad y cuándo era traición, cuándo decir la verdad era honestidad y cuándo era "pero no era necesario decirlo así".

Ella preguntaba porque no entendía. Hablaba porque pensaba que hablar resolvía. Decía cosas de frente porque le parecía absurdo rodear durante tres semanas un tema que podía aclararse en cinco minutos. Y entonces, sin mala intención, terminaba pisando cables sociales que nadie había señalizado.

Aprendió a mirar. A medir. A imitar.

No sabía que imitaba. Esa palabra llegó después. En ese tiempo solo observaba cómo se reían las demás, cuándo bajaban la voz, qué gestos convenía hacer, qué entusiasmo era aceptable y cuál era demasiado. Fue armándose con pedazos prestados: una forma de responder, una risa oportuna, una tranquilidad que no siempre sentía. Creyó que eso era crecer. Años después pensaría que también era sobrevivir.

Durante un tiempo confundió amistad con seguir el ritmo. Fue a lugares que no le interesaban, tomó cosas que no le gustaban, compartió con personas que en realidad no le caían bien. No porque no tuviera criterio, sino porque todavía no sabía cuánto podía decir que no sin quedarse fuera.

Una vez incluso entró al cine escondida por una puerta de escape, siguiendo a unas amigas. No era una aventura que hubiera elegido para escribir sus memorias. Lo hizo porque ellas iban, porque había que ir, porque el grupo a esa edad puede pesar más que la incomodidad. Su madre se enteró, la fue a buscar, habló con otras madres, y por un tiempo aquello abrió una distancia extraña.

Ahora María Clara lo miraba sin épica ni culpa. Pensaba solamente cuánto le costó distinguir entre querer algo y aceptar algo para seguir perteneciendo.

También estaba la sala de ensayo.

Así llamaba ahora a ese espacio interno donde su cabeza repetía conversaciones, corregía frases, imaginaba respuestas, preparaba discusiones y

revisaba gestos con una dedicación que ningún comité externo le había solicitado. Una pelea podía volver años después con argumentos nuevos. Un correo podía ensayarse en la ducha. Una reunión con autoridad podía ocuparle el estómago antes de tener fecha. Había discutido mentalmente con amigas, con jefaturas, con políticos, con personas que nunca supieron el privilegio de ser derrotadas por ella en un debate imaginario impecable.

Antes esa sala era cruel. No solo ensayaba: la acusaba. No solo revisaba: la castigaba. Cada error se convertía en prueba de algo más grande. Si hablaba demasiado, era intensa. Si callaba, era cobarde. Si se equivocaba, era tonta. Si se cansaba, era débil. La mente, cuando no se entiende, puede ser una casa llena de jueces.

Pero eso también empezaría a cambiar.

Antes vino la adultez, con su traje de persona funcional.

María Clara trabajaba, estudiaba, enseñaba, atendía pacientes, respondía correos, proponía ideas, sostenía conversaciones difíciles. Por fuera, muchas personas la veían segura. Hablaba rápido, conectaba conceptos, ordenaba problemas, explicaba temas complejos con una claridad que a veces sorprendía incluso a ella.

Su seguridad no era mentira.

Su cansancio tampoco.

Había espacios donde no sentía que actuaba. Con sus pacientes, por ejemplo, algo se ordenaba. Entraba a la consulta y se sentía presente. Aunque aparecieran historias tristes, aunque el dolor estuviera sobre la mesa, la conexión la hacía vibrar de una forma difícil de explicar. No fingía. Estaba ahí, completa, atenta, encendida.

Con sus estudiantes ocurría algo parecido. Las primeras clases le costaban. No sabía todavía cómo iban a leerla, cuánto humor podía usar, qué tono era el correcto, cuánta intensidad cabía en la sala sin asustar a nadie. Pero cuando el vínculo aparecía, cuando empezaban las preguntas, cuando el grupo entraba en ritmo, todo fluía. Explicar algo que amaba hacía que su cabeza

dejara de pelear con ella y empezara a trabajar a favor.

Lo difícil no era cuidar ni enseñar. Lo difícil era sentirse evaluada por otros adultos: pares, jefaturas, algunas familias, ciertas autoridades. Ahí el cuerpo reaccionaba antes que la razón. Se le apretaba el estómago, medía palabras, calculaba tonos, revisaba gestos, anticipaba interpretaciones. No porque creyera que era mala en lo que hacía, sino porque la autoridad la devolvía a una versión antigua de sí misma:

la que tenía que explicarse bien para no ser malinterpretada.

Aun así, funcionaba.

Y funcionaba muy bien.

Quizás demasiado bien.

Por eso, cuando alguna vez contó que estaba en proceso de comprender su neurodivergencia, le sorprendió la rapidez con que alguien quiso descartarla. La persona la había visto siempre en un contexto breve y laboral: tranquila, ordenada, con buen contacto, con palabras disponibles. Desde esa superficie opinó que no había por dónde.

María Clara no se derrumbó. Eso fue lo interesante. No dudó de sí misma. Sintió, más bien, una vergüenza breve por haber abierto una puerta íntima frente a alguien que no conocía la casa.

Después pensó en otra cosa.

Había pasado la vida aprendiendo a que no se notara. Y ahora que no se notaba, alguien lo usaba como prueba de que no existía.

La frase se quedó ahí unos días, no como rabia, sino como una piedra pequeña dentro del zapato. No le impedía caminar, pero le recordaba su presencia a cada rato.

Hasta que una tarde dejó de molestar.

No porque la otra persona hubiera entendido. No porque alguien le hubiera pedido disculpas. No porque el mundo, en un gesto inédito de eficiencia emocional, hubiera decidido ponerse al día.

Dejó de molestar porque María Clara notó algo simple: por primera vez, no necesitaba que esa persona le creyera para creerse ella.

No sintió la urgencia antigua de explicar cada detalle, ordenar cada prueba, mostrar cada grieta. No abrió una carpeta imaginaria con evidencias de infancia, adolescencia y adultez funcional. No tuvo que defender su cansancio como quien defiende una tesis.

Solo respiró.

Había algo profundamente nuevo en eso: una parte de ella ya no estaba esperando autorización externa para existir.

Primero vino el nombre. Después vino el estudio. Y solo entonces, de a poco, vino la posibilidad de usar todo eso para vivir mejor.

Entendió, por ejemplo, por qué la rutina repetida sin sentido la apagaba. Por qué mirar a colegas sostener durante años el mismo ritmo le producía admiración y pánico en partes iguales. Entendió por qué, cuando todo estaba demasiado tranquilo, su cabeza empezaba a buscar una mejora, una pregunta, una falla posible, una puerta nueva. Donde otros veían continuidad, ella veía patrones. Donde otros veían trabajo hecho, ella veía algo que todavía podía hacerse un poco mejor.

Esa frase la acompañaba como bendición y castigo: siempre se puede hacer un poco mejor.

A veces la agotaba. A veces la salvaba.

Hubo un recuerdo universitario que ahora le parecía casi una profecía. En su examen de grado debía enfrentar un caso clínico sorpresa y armar un plan de intervención en pocos minutos. Una experiencia académica que, vista con honestidad, tenía algo de ritual de tortura disfrazado de evaluación profesional.

A ella le tocó salud mental, aunque en ese tiempo imaginaba su futuro en otra área. Para estudiar, no hizo un resumen. Construyó un sistema. Desarmó diagnósticos, cruzó criterios, autores, modelos, evaluaciones, rutas posibles. Hizo fichas, mapas,

combinaciones. Si aparecía tal caso, tal modelo. Si aparecía tal dificultad, tales pautas. Mientras otros repasaban materia, ella levantó una pequeña ciudad organizada contra el caos.

Luego compartió ese material. Estudiaron en grupo. Practicaron casos. Pasaron todos.

Años después, al recordar esa escena, entendió algo hermoso: su manera intensa de ordenar el mundo también podía servirles a otros.

Más tarde, en salud mental, eso se volvió oficio. Lo que había estudiado para sobrevivir a un examen se transformó, sin pedir permiso, en el idioma de su vida profesional. La curiosidad se volvió especialización. La obsesión, método. La inquietud, proyecto. La necesidad de entender, una forma de cuidar.

Le costó años decirlo sin culpa, pero hoy lo sabía: en ese campo, su cabeza encontraba una forma de brillar.

No en todos, por supuesto. En algunas áreas estaba perdidísima, como cualquier mortal con acceso a internet y exceso de confianza ocasional. Había temas donde otras personas podían darle mil vueltas y ella solo asentía con dignidad, esa dignidad universal de quien no entiende nada pero intenta que no se note. Pero en salud mental, cuando una pregunta le abría otra, cuando un caso le pedía profundidad, su mente entraba en una zona propia.

Por primera vez, su intensidad no parecía exceso.

Parecía dirección.

Luego vinieron las herramientas. Pequeñas, imperfectas, humanas. Nada de transformarse en una mujer regulada, flexible, descansada y financieramente prudente. Ojalá. Habría sido comodísimo y probablemente muy aburrido para todos los involucrados.

Seguía agobiándose. Seguía habiendo noches en que una deuda, un miedo por su hijo o una posibilidad absurda se agrandaba hasta ocupar toda la pieza. Pero ahora podía reconocerlo. Podía decir: esto es

ansiedad, no destino. Esto es un síntoma, no una sentencia. Podía levantarse, tomar agua, pedir ayuda, medicarse si lo necesitaba, dormir.

Antes obedecía cada pensamiento como si fuera verdad. Ahora, al menos a veces, podía discutirle.

También empezó a usar la sala de ensayo de otra manera. En los entrenamientos, cuando el cuerpo decía "no puedo", otra voz aparecía desde adentro y le gritaba que sí, que podía con esa y con cinco más. Para alguien que había pasado años hablándose con dureza, descubrir una voz propia que pudiera hacerle barra era casi revolucionario. No era silencio mental, pero era algo mejor: ruido a favor.

También empezó a perdonarse cosas pequeñas y grandes. Perdonarse por necesitar estructura. Por entusiasmarse demasiado. Por cansarse después de socializar. Por no quedarse tranquila frente a una duda. Por querer hacer las cosas antes de que el resto terminara de entender que había algo que hacer. Por haber confundido durante años pertenecer con aguantarse.

Y empezó a recuperar otras: cantar más, elegir mejor, decir que no, dejar que su intensidad apareciera donde fuera bienvenida. Entendió que no tenía que mostrarse completa en todos los lugares, pero tampoco seguir viviendo como si lo más auténtico de ella fuera algo que debía esconderse.

Esa tarde, en la cocina, con la boleta todavía sobre la mesa y el doce por cuatro mirándola como si fuera un mensaje antiguo, María Clara pensó en todas sus versiones anteriores: la niña que abría números, la que discutía reglas de juego como si defendiera la Constitución de un país pequeño, la que cantaba hasta que aprendió a medirse, la que aceptaba planes que no quería, la adolescente que repasaba conversaciones, la adulta que parecía tranquila mientras por dentro traducía el mundo a toda velocidad.

No sintió vergüenza.

Sintió ternura.

No cambió su historia. Cambió el lugar desde donde la miraba.

Quizás eso era todo. O quizás era muchísimo.

En la mesa seguía la boleta, doblada en una esquina. María Clara la tomó y la giró entre los dedos. De niña había pensado los números como piezas. Ahora pensó que la memoria se parecía más a un prisma: la misma luz entrando por otro ángulo y mostrando colores que antes no estaban.

No era que su vida hubiera sido otra.

Era que, por primera vez, podía mirarla sin reducirla a falla.

Pensó en su intensidad, en su cansancio, en sus máscaras, en sus entusiasmos repentinos, en su forma absurda y obstinada de querer entenderlo todo. Pensó en todas las veces que había pedido perdón por ocupar demasiado espacio, por sentir demasiado, por necesitar demasiadas explicaciones, por demorarse tanto en aprender a decir que no.

La cocina estaba igual. La taza seguía en el lavaplatos. El teléfono continuaba boca abajo. El informe no se había escrito milagrosamente, lo que confirmaba, una vez más, la lamentable falta de colaboración de los objetos domésticos.

Pero algo se había movido.

No como una gran revelación.

Más bien como esos cambios pequeños que después resultan ser enormes: una silla puesta en otro lugar, una ventana abierta, un prisma girado apenas unos milímetros.

María Clara miró otra vez la cuenta en la boleta.

Doce por cuatro.

Cuarenta y ocho.

La respuesta era la misma.

Lo distinto era la forma de llegar.

.....

MENCIÓN HONROSA

“Los niños de ayer”

SAMANTHA WILLIAMSON
Estudiante 3er año Medicina
Facultad de Medicina

Todos sabíamos que el primero en morirse iba a ser el César.

No sé por qué se me ocurrió ese pensamiento mientras estábamos en el velorio. Creo que era porque ese arreglo de claveles era idéntico al que pedimos para el suyo, lo cual es muy poco probable, puesto que han pasado más de sesenta años desde su fallecimiento. ¿Tú te acuerdas cómo era César, Claudio? Eras tan chico cuando todo eso pasó, tenías, ¿qué? ¿ocho años? Y no había asistido tanta gente como la hay ahora. Eso sí, entre tú y yo, no conozco a la mayoría. Por suerte, estoy en la primera fila, así que no me tengo que ocupar de ellos por ahora.

Estoy siendo intolerante, disculpa. Ya no tengo la paciencia de antes.

Hace un rato una mujer se acercó a abrazarme, lamentando mi pérdida. Me habló varios minutos con completa naturalidad. Sé que me recuerda a alguien, pero no sé a quién. Igual tiene rasgos como la Manu: la manera en que gesticula mucho con las manos y asiente con la cabeza. Cuando nos despedimos, me volvió a abrazar y me tomó la mano con sumo cuidado. Me quedé observándola mientras caminaba de regreso con sus hijos entre los bancos de la iglesia. No estoy segura de si me dijo su nombre o no. Siempre he sido mala con los nombres; con los años me he vuelto peor.

“Son cosas de la edad”, se hubiera excusado la Mamá en sus últimos años, “para la próxima me acordaré”.

Personalmente, la cronología de sus últimos años siempre se me confunde. No me acuerdo si hizo ese comentario antes o después de su infarto; tal vez fue justo antes de que le diagnosticaran esa cosa rara de los pulmones, lo mismo que tenía el tío Simón. Me he vuelto a desviar de la conversación, perdón; es que si no digo algo en el momento en que se me ocurre, sé que se me va a olvidar. Una amiga mía (ya sabes, la Rosa), tiene el mismo problema.

Bueno, como te decía antes, estaba sentada en

la primera hilera, entre la Astrid, las gemelas y sus respectivas parejas e hijos. Las pobres lloraban ríos y mares. Me sentía pésimo, Claudio, con los ojos clavados en el piso. Tú sabes que ver a las personas llorar me hace enroncharme de la risa; es horrible, y completamente incontrolable. Según yo, lo tengo desde siempre, pero la Manu me dijo una vez que empecé a hacerlo después de lo que le ocurrió al César. Yo no le hice mucho caso en esa ocasión, pero ahora, años más tarde, me doy cuenta de que ella podría haber tenido razón. Te prometo no me hace ninguna gracia ver a la gente así de triste. Es solamente que algo en mi circuito interno se confunde: mientras más solemne es el momento, más ganas me dan de reírme. Por suerte he aprendido algunos trucos. Intentó no ver a nadie a los ojos y me quedó practicando la tabla del doce en mi mente, aunque a mi edad las multiplicaciones ya no salen tan rápido como antes.

La ceremonia duró unos minutos; al menos eso creo, aunque el reloj me miente y me indica que ahora son las cuatro de la tarde. Afuera hace un calor infernal, peor incluso que aquellos veranos de nuestra niñez (que pesadilla era en esos tiempos quemarse la piel). Salimos todos en procesión con abanicos y quitasoles. Los más pequeños se distraen y se cruzan entre nosotros. No tienen idea de lo que está pasando. O tal vez sí.

Siento que los niños son más perspicaces de lo que parecen. Nosotros lo éramos, al menos, no como los nietos del Beto. Salieron tan opuestos a él. El más pequeño (de los niños, no de los nietos de Beto) me recuerda a ti, Claudio, con sus ojos como platos, siempre detrás de su hermana mayor. A lo lejos, me vienen a la mente esas tardes en que nos quedábamos jugando afuera. Yo y el César (bueno, sobre todo yo) haciendo las tareas de gramática sentados bajo un árbol; la Manu y el Beto recorriendo los valles con frascos en las manos, buscando hadas entre los matorrales, mientras tú te quedabas también a la sombra, muy quieto, mirando el mecer

del algarrobo. Usabas una polera del Beto que te quedaba demasiado grande. Luego la Manu volvía llena de barro, el Beto con una lagartija escondida en su bolsillo.

Una vez afuera, noto que la pintura al costado de la iglesia está fresca. Me río sola cuando llega a mi mente la siguiente escena. Mamá y Papá estaban fuera de casa y yo me quedé cuidándolos. Tenía como dieciséis años, tú como cinco o seis. Te habían prohibido pintar las paredes de la casa después del desastre que dejaste el 18 de septiembre. Creo que todavía había manchas en tu pieza y rayones en la habitación de los papás cuando nos mudamos. El punto es que cuando te encontré habías decidido pintar en vez al gato. A la pobre Canelita la habías convertido en una masa densa y verde: verde pasto. No sé de dónde sacaste tanta pintura. Todavía me acuerdo de la expresión que puso cuando intentamos lavarla. La molestamos durante un mes llamándola Espárrago.

Cuando le cuento la historia a uno de los sobrinos, este asiente y me hace la sonrisa.

"¿Cuál sonrisa?" preguntarás.

Bueno, es la misma sonrisa que te hacen cuando llegas a cierta edad; en mi caso, a los ochenta y uno. Esa sonrisa que pretende cariño y atención, mas esconde algo detrás. Si te fijas bien, puedes distinguir en los dientes una que otra letra, una intención oculta. Por ejemplo, acá se lee, "quiero los terrenos", o algo similar.

Estoy siendo injusta. La mayoría de los muchachos son buenas personas. Lo que ocurre es que cuando uno envejece empieza a desconfiar más y más; se parecen demasiado a aquellas sonrisas que hacíamos nosotros de jóvenes.

Como te contaba, al término de la ceremonia, escucho a la gente hablando sobre volver a sus respectivas ciudades, otros preguntan dónde se hará la comida. Sus palabras se mezclan con conversaciones de trabajos, niños y terrenos. Los

observo desde lejos, la vergüenza irritándome la piel.

No es que estén haciendo algo malo, son conversaciones habituales en circunstancias lúgubres como esta. La gente tiene hambre. La gente tiene hijos. La gente tiene que volver mañana al trabajo.

Mas, hay una parte de mí que quiere obligarlos a quedarse en este instante un poco más, en vez de adentrarse tan pronto al futuro; que deberían ser capaces de pensar únicamente en este suceso durante algunas horas más. Lo que pasa es que quieren seguir avanzando y avanzando a lo siguiente. En tanto yo daría lo que fuera por estar quieta, congelada en un recuerdo, en un instante.

Cuando salimos del cementerio, decido que no iré con el resto a la comida. No doy explicaciones. Una de las gemelas me mira raro, como si sospechara de mis intenciones al notar que iba a tomar un taxi por mi cuenta. Hace años que no conduzco. Por suerte, no me pregunta al respecto. Ella no habría entendido mi desesperación por volver, mi necesidad visceral de regresar al pueblo en ese segundo.

El taxista intenta meterme conversación mientras cambia las estaciones de radio. Al parecer se encuentra tan cansado como yo, porque pronto nos sumimos en un profundo silencio. Siempre he pensado que los silencios compartidos son una forma de educación. Puede divagar un poco antes de llegar.

Creo que nunca te contamos que le había pasado al César. Sé que las cosas han cambiado desde entonces y que te debíamos explicaciones, pero tienes que comprender que en esos tiempos nadie hablaba de eso. Tengo entendido que Mamá y Papá mintieron, afirmaron que era un problema de su corazón que nunca había sido diagnosticado. Igualmente, ¿cómo podríamos explicarlo a alguien tan pequeño como tú?

Lo lamento mucho, tenías el derecho de saber las cosas como sucedieron, pero nunca armé el coraje

de decirte. Sé que Beto se enteró por algo que le dijeron en el colegio, y que este a su vez le había contado Manu. Tengo la noción de que te enteraste solo, probablemente escuchando conversaciones ajenas.

Es bizarro, no me acuerdo casi nada de esa noche, hay ciertos sucesos que desconfiguran la mente de uno, dejando un gran vacío que no me quedas que rellenarlo con los pocos testimonios que sabían la verdad. Ahora cuando pienso en César, cierro mis ojos y visualizo su pelo desordenado, sus chistes, y esas tardes que pasábamos paseando todos juntos en esos atardeceres cálidos. Deberías ver el horizonte como está ahora, un infinito de rosa y morado. Me quedo mirándolo y pienso que César jamás tuvo la oportunidad de ver un cielo como este.

Hace más de quince años que no estaba en el pueblo. La última vez fue un poco antes (¿o después?) de que se muriera el Beto. Ahora todo parece seco, marchito y penoso; no como el pueblo vibrante que todavía se encuentra protegido al fondo de mi memoria. Puede que la mente infantil convierta el día a día en algo más bello, pero—

"¿Cuánto tiempo estará acá?", me dice el taxista.

"No lo sé", lo cual es verdad. "Me vendrán a buscar después", lo cual es mentira. No sé por qué mentí. Ahora miento no para decir cosas bonitas, sino para ahorrame largas explicaciones que no quiero dar. Últimamente he puesto la tranquilidad por sobre la honestidad.

Augusto (el taxista, que se llama igual al cura de mi pueblo) decide no crearme e insiste en que va a tomar una siesta en el auto mientras me espera. Un caballero.

Lo primero que noto es el silencio. Antes los perros ladraban, los pocos autos avanzaban por los caminos de tierra, radios encendidas se armonizaban con conversaciones ajenas.

La mayoría, por no decir todas las casas, están vacías. Se encuentran empolvadas, despintadas, con grietas que no se han arreglado desde el último gran terremoto. Algunas parecen abandonadas desde hace décadas. Aún así, otras dan la impresión de estar esperando que alguien vuelva, como si todavía no se hubieran enterado de que nadie va a hacerlo.

Me cuesta caminar. Además de mi dolor de rodillas, la intensidad de la realidad me congela. Hay algo profundamente injusto en descubrir que un lugar como esté tuviera la audacia de cambiar mientras uno no estaba. Me imagino tu mano, Claudio; tu mano de niño tomando la mía e invitándome a entrar en la casa.

Acá también la pintura está desapareciendo, incluso una de las ventanas están rotas. Aún así, reconozco el lugar como propio. Hay ciertas lugares que uno conoce mejor que su propia mente; que quedan grabados en la piel, en los oídos, en los ojos y en la nariz. Buscó con el tacto la llave escondida en el marco de la entrada. Sonríó al saber que sigue así.

No queda casi nada en la cocina. Solo dos paredes, antes blancas, y la imagen de mí discutiendo con César mientras la Manu te enseñaba a hacer galletas; todo esto mientras el Beto observaba desde una esquina.

Beto. Durante mucho tiempo creí que sería el último de nosotros en irse. Era tan apacible, tan tranquilo, excepto cuando la Manu lo incitaba a ayudarla con alguna travesura, claro está. Todavía me acuerdo de cuando se robaron el libro de notas del colegio de monjas al qué íbamos nosotras y de cómo intentaron deshacerse de él sin éxito. Al menos pudimos prepararnos para su muerte. Su cáncer fue lo suficientemente amable como para permitirnos un año para despedirnos de él, viajar, hacer planes. Con la Manu fue similar, pero me sigo lamentando haber pospuesto ese viaje al sur. Que peligroso, siempre creer que habrá más tiempo.

De cinco quedamos finalmente dos, aquellos encargados de recordar.

¿Te puedo contar algo? Pero que quede entre nosotros.

He fallado mi parte del trato.

Yo, que tanto me enorgullecía de mis historias cuando me invitaban a tomar once. Yo, que me acordaba de cada fecha, cada parentesco y ubicación geográfica. Yo, que podía decir como era el clima ese día, de qué color era la blusa, la dirección del viento y la intensidad de la lluvia. Yo, que podía.

Entro a la habitación de Mamá y Papá. La cama ya no está. Tampoco el armario.

Queda solamente un rectángulo más claro donde antes había estado; y unas rayones tuyos en las paredes. Curioso de qué cosas decide acordarse la casa.

Pensaba que iba a encontrarme con recuerdos importantes cuando volviera acá: grandes revelaciones, una lluvia de momentos decisivos y cruciales. Todo esto es más lánguido que lo que esperaba.

El ruido de la puerta del baño. Esa vez que la Manu se tragó un botón. César quejándose de los huevos revueltos.

Estaba hablando con Rosa la otra vez. Estábamos almorzando y se me olvidó una palabra en mitad de una oración. Nada muy complicado. Una sencilla, como "escalera". Nos quedamos mirando un largo tiempo. Luego nos reímos. Y cuando terminamos de reír, me llegó la realización de lo que significaba. Cuando las palabras comienzan a desaparecer, ¿quién sabe que viene después?

Ayer fue peor. Me quedé dormida llorando, sola en mi pieza, porque no podía acordarme de la voz del César. No recordaba su tono, su aspereza, si era nasal como la de Mamá o profunda como Papá. Sí,

me acordaba de su ropa, sus chistes, su letra. Pero su voz ya no estaba, había desaparecido para siempre en la negrura del éter y nunca iba a volver a la faz de la Tierra. Y eso era culpa mía.

Si ya no podía recordar la voz de mi propio hermano, entonces ¿qué estaba haciendo todos estos años? ¿Para qué había guardado tantas cosas? ¿Valía la pena esos instantes, si después no hay testimonio de que estos existieron en primer lugar? ¿Para qué servía haber sobrevivido a todos ustedes?

No me lo tomes a mal, por favor, no he tenido ese tipo de pensamientos. El doctor ya me ha preguntado al respecto. Me dice que es normal para la edad. Tú sabes que no me gusta mucho el doctor, me caía mejor el que te trataba a ti. Tampoco es que me moleste seguir aquí. Bueno, a veces sí, pero sé que hoy no. Hoy solamente estoy cansada.

Salgo nuevamente al pasillo. En cada paso que doy, se levanta un polvo denso; por momentos parece humo. Pienso en esas frases que dice la gente y que nunca he soportado. "Está en un lugar mejor." "Todo pasa con el tiempo". Que uno sana, que las heridas sanan, o cualquier otro símil infantil. Que todo es parte de un círculo. Nunca me gustaron esas expresiones.

Creo que el duelo se parece más a esos espirales que dibujabas en los bordes de las páginas. Avanzabas con el lápiz con determinación, para luego girar y devolverte casi al mismo lugar en que estabas antes. Y aunque parece que termina, aparece otra curva. Y luego otra, y otra más que se conecta con la anterior: todo sumándose en este enredo oscuro y sin sentido que te atrapa y sigue y sigue creciendo hasta que se rompe la página. Hoy, por ejemplo, volví a César por culpa de unas flores. Y termine aquí. Contigo.

Recién ahora me doy cuenta de algo que debería haber entendido hace horas. Todo el día te he estado hablando como si estuvieras aquí. Supongo que eso tiene sentido, después de todo, vine a despedirme de

mí. No creo haberlo hecho todavía: ni en la iglesia, ni en el cementerio, ni aquí en este pueblo fantasma.

Tal vez por eso sigo conversando contigo. Porque si dejo de hacerlo, entonces tendré que admitir que ya no hay quien recuerde esta casa exactamente como era. Nadie que haya compartido esos veranos; esas tardes de otoño; el sonido del algarrobo meciéndose afuera. Sigue ahí, por cierto. Me dijiste por años que el árbol del patio era un tamarugo, pero sigue siendo un algarrobo.

Hay un instinto visceral, profundo, que me invita a no salir todavía de la casa y me invita a dirigirme a la sala. Abro el cajón de la mesa (la fea y despintada, la otra se la había llevado Beto) y me doy cuenta que está trabada. No es hasta que lo fuerzo que encuentro un álbum viejo atascado al fondo. Está casi vacío. Hay algunas fotografías pegadas al principio: nosotros, niños del pasado; los niños del ayer y la anciana del ahora. Me siento con el álbum sobre las piernas. Pienso en todos estos años como la contadora de recuerdos; luego como su cazadora, intentando atraparlos antes de que se escaparan de mí.

Tal vez lo tenía todo mal. Quizás nunca fue mi trabajo recordarlo todo. Nadie puede, ni siquiera yo, tu hermana mayor; toda una vida me ha demostrado lo contrario. Así que tendré que formar recuerdos nuevos. Mira tú. Que sabía yo, sólo me tomó décadas darme cuenta.

Ya casi es de noche. Augusto probablemente sigue durmiendo en el auto. Ojalá no se haya aburrido tanto. Cuando volvamos a la ciudad, le daré propina extra y lo invitaré a un tecito con miel. Ojalá me cuente más de su vida en el camino, le preguntaré si conoce al cura Augusto. Eso me gustaría.

¿Sabes? Sí hay cosas de las cuales me acuerdo. Me acuerdo lo que es ser feliz.

Me acerco al taxi con el álbum bajo el brazo. Voy a poner algunas fotos que tengo guardadas, claro, pero también quiero poner nuevas. Voy a aprender

a usar la cámara que me regaló Astrid para mi cumpleaños. Tal vez mi responsabilidad nunca fue guardar el pasado, tal vez mi responsabilidad era seguir viviendo lo suficiente para llenar con alegría las páginas que faltan.

Premio Faro UDD

.....

FOTOGRAFÍA

“Padre y Madre”

DR. ALFONSO CORREA

Docente de Psicología
Facultad de Psicología

Con cada una de las palabras, valorar nuestros ancestros, lo que nos transmiten y lo que nos aportan en la construcción de lo que somos. Ancestros de sangre: padre y madre; ancestros de vida: ejemplares del reino vegetal que nos anteceden en el ciclo evolutivo; y ancestros en cuanto a años vividos: las araucarias milenarias, propias de nuestra identidad nacional: la Araucaria araucana.



Premio AMCA A.G. Humanismo

PINTURA

“Burnout”

JESÚS ANDRADE

Estudiante 3er año Medicina
Facultad de Medicina

Burnout refleja cómo la exigencia constante y las expectativas externas pueden desgastar nuestra identidad y hacernos perder el equilibrio personal. La obra muestra cómo la vocación se ve amenazada cuando normalizamos ese desgaste, recordándonos que cuidar nuestra identidad también significa preservar aquello que da sentido a nuestro camino.



Premio Arte y Anatomía

.....

“El sello del pensamiento”

ZARA SILVERA

Estudiante 2do año Odontología
Facultad de Medicina

La sabiduría profunda del azul nos lleva al umbral de lo desconocido, a la introspección y a la conexión con el cosmos. La identidad y el origen no solo están en la piel sino grabada en la estructura de nuestras ideas. Las líneas de las huellas son caminos o registros de vivencias pasadas que forman la memoria.





EXPERIENCIA ARTE Y SALUD

El jueves 7 de mayo 2026, la Sala de Estudios del Módulo 1 del Hospital Padre Hurtado, volvió a llenarse de arte y creatividad gracias al taller realizado por el artista visual, Andrés Vio.

A través del trabajo manual y analógico, el taller puso en valor la experiencia humana, el proceso creativo y la riqueza de las múltiples perspectivas individuales.

